BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PERISPIRITU

adam surray

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

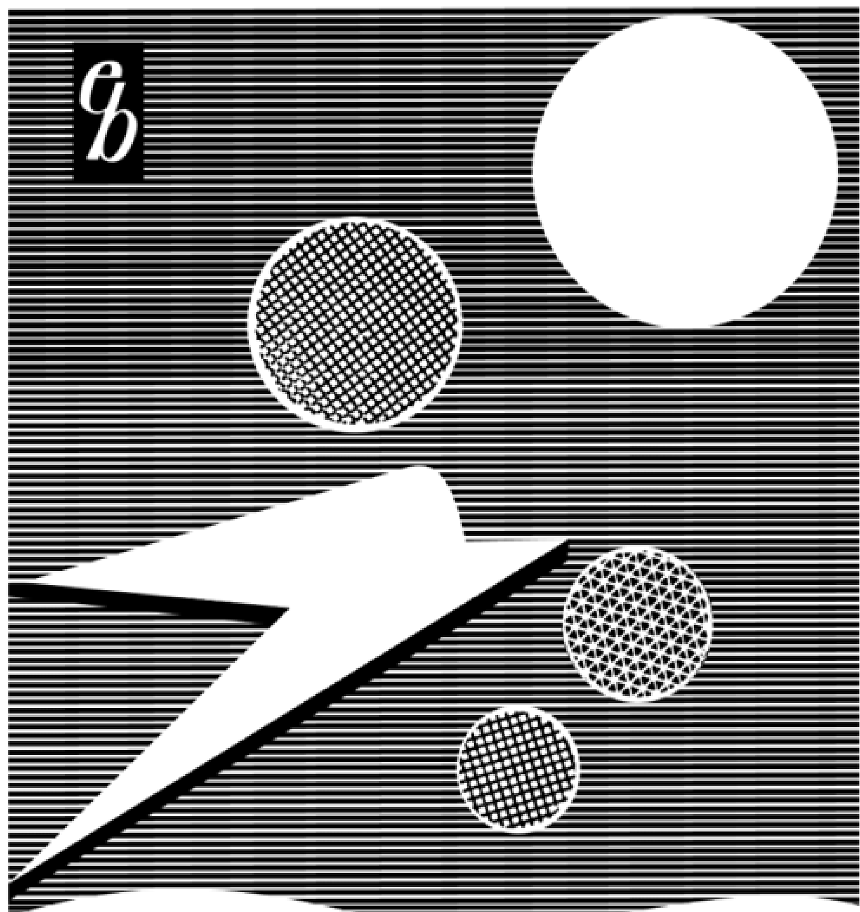
la conquista del ESPACIO

PERISPIRITU

adam surray

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ADAM SURRAY

PERISPÍRITU

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 257

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 20.352 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN **ESTA** COLECCIÓN

252— Megasistema. — *Clark Carrados.*

253— El pozo máximo. —- *Glenn Parrish.*

254— Espacial espacio, 12,30. — *Marcus Sidereo.*

255—El nuevo Edén. — *Clark Carrados.*

256—Los dioses lloran sangre. — *Curtís Garland.*

Cuando el hombre llegue a saber tanto como ignora, habrá alcanzado la perfección.

CAPITULO PRIMERO

Ralph Forsythe se incorporó, abandonando la mesa de operaciones.

Estaba solamente cubierto por una sábana. Su atlética complexión se ofrecía sin engaño alguno. Estatura aproximada a los siete pies. Piel de intenso bronceado natural. Cabello negro, abundante y rebelde. Frente despejada. Ojos grises, transparentes y de un nulo brillo que les hacía inexpresivos. Nariz perfilada. Labios de fino trazo. Barbilla firme delatando gran energía.

—Ya puedes vestirte, Ralph.

Forsythe dudó unos instantes.

Sobre una silla se encontraba un pantalón de excelente corte, un jersey cuello cisne y una deportiva *trenka* beige. Ropa interior, calcetines y unos zapatos.

Todo nuevo.

Ralph Forsythe veía aquella ropa por primera vez.

Procedió a vestirse.

—Esto apesta a desinfectante, Richard.

Richard Crawford, ilustre científico de la NASA y miembro del Instituto Internacional de Salubridad, no respondió al irónico comentario. Parecía muy ocupado en consultar los datos del autoanalizador.

Aquel mutismo intrigó a Forsythe.

Dirigió una inquisitiva mirada a Richard Crawford. Poblada barba blanca, cabellos ya grises en los aladares, y ojos protegidos por lentes de montura de oro. Pese a contar con sólo cincuenta y dos años de edad, ya varias arrugas se entremezclaban con fuerza en su rostro.

—¿Ocurre algo, Richard?

—¿Cómo?… ¡Ah, no!… Todo normal, Ralph.

Forsythe terminó de ajustarse el jersey.

Respiró con fuerza.

Sin cesar de mirar a su interlocutor.

—Oye, Richard… No estás tratando con un chiquillo. Sé que ocurre algo. Después de mi regreso de *Hovel-1* se me sometió al habitual y minucioso reconocimiento médico. Resultó satisfactorio, ¿no?

—En efecto.

—Entonces…, ¿por qué he tenido que permanecer en cuarentena? Esa medida ya fue desterrada hace años. Reemplazada por los eficaces controles a que se nos somete. ¿Qué ocurre, Richard? ¿Ya no se confía en la medicina electrónica? Si todos los análisis resultaron normales, ¿por qué permanecer en cuarentena?

—Simple medida de seguridad.

—No respondas con evasivas, Richard —replicó Forsythe, con dura voz—. He realizado infinidad de desplazamientos a la estación espacial *Hovel-1*. Un trayecto que carece de todo peligro. ¡Jamás se me sometió a cuarentena!¡A ninguno de los tripulantes dé *Hovel-1!*

—Estás nervioso, Ralph.

—¡No, maldita sea! ¡No lo estoy! Sólo quiero saber qué ocurre. Ahora, después de cuarenta días de estrecha vigilancia y control, se me vuelven a realizar exámenes de radioscopia, electrocardiogramas, pruebas deisótopos radiactivos, electroencefalogramas… ¡e incluso tú me haces, personalmente, un reconocimiento!

Richard Crawford quedó en silencio.

Por espacio de tensos segundos.

—Pasemos a mi despacho privado, Ralph.

Forsythe se echó la *trenka* sobre el hombro izquierdo, avanzando tras el científico.

Una puerta de guillotina se alzó automáticamente, permitiendo que los dos hombres abandonaran la circular estancia.

Después de recorrer un laberinto de pasillos, Richard Crawford se detuvo frente a una puerta metálica. Colocó la palma de su mano derecha sobre un disco luminoso acoplado en la hoja.

La puerta se abrió.

Ralph Forsythe ya conocía aquel espacioso despacho. Se acomodó en el sillón situado frente a la mesa escritorio.

—¿Quieres beber algo, Ralph?

—No.

Crawford tomó asiento en una butaca giratoria. Se despojó de las lentes entornando instintivamente los ojos. Después de un leve masaje en las sienes, se ajustó los cristales correctores.

—Tu estado físico es satisfactorio, Ralph. No hemos detectado nada anormal, ni antes ni después del período de cuarentena. Sospecho que dentro de unas semanas empezarás tus habituales desplazamientos al *Hovel-1*. Nada lo impide. Hoy mismo cursaré el informe a tus superiores. Has sido dado de alta.

—¿De veras? Es curioso... Ni por un instante me había imaginado fuera de servicio.

Crawford sonrió cansinamente.,

—Me he expresado mal, muchacho. Quise decir queha concluido tu internamiento en el Lynley Center. Somos viejos amigos, Ralph. No te estoy ocultando nada. El someterte a cuarentena ha sido una medida de seguridad. Así se acordó por un grupo de científicos de la National Aeronautics and Space Administration.

—¿En qué se basaron para esa decisión?

—Tu última estancia en *Hovel-1* fue algo... accidentada.

Ralph Forsythe se apoderó de la cajetilla de tabaco depositada

sobre la mesa. Se llevó un cigarrillo a los labios, aceptando el encendedor que le tendía Crawford.

Exhaló una bocanada de azulado humo.

—¿Te refieres a lo ocurrido en el módulo de servicio?

—Sí, Ralph.

Forsythe empezó a reír suavemente, para terminar en sonora carcajada. Movió la cabeza de un lado a otro.

—Absurdo...Absurdo y ridículo.

—Quedaste sin sentido por espacio de cinco minutos, Ralph. Al recuperar el conocimiento estabas ciego. No respondías a ninguna pregunta. Tu mente estaba en blanco.

—Fue un simple *shock.* Me recuperé por completo, antes de una hora. En cuanto a esa pérdida momentánea de visión, pudo ser motivada por el fogonazo de aquel extraño cuerpo que chocó contra el mirador del módulo de servicio,

—La estación espacial tiene una dotación de diez hombres. Ninguno de ellos percibió la proximidad de ese meteorito.

—No era un meteorito. En mi informe lo describí como una esfera iridiscente de polvo cósmico. No ocasionó ningún impacto en el *Hovel-1,* aunque estoy seguro de que chocó contra el mirador del módulo de servicio. Era algo cegador. Imposible definirlo. No parecía tener masa. Sólo yo pude contemplarlo. Durante una fracción de segundo. Perdí el conocimiento. Un lacerante dolor, como si un rayo penetrara en mi cerebro, me hizo caer. Eso es todo lo que recuerdo. Al recuperar el sentido ya estaba en el módulo de albergue, rodeado de mis compañeros.

—Y ninguno de ellos se había percatado del suceso.

—¿No lo comprendes, Richard? Estaba solo, en el módulo de servicio. La estación espacial *Hovel-1* consta de cinco módulos. Laboratorio, albergue, cosmopuerto, mantenimiento y el de servicio. Cada uno de los diez tripulantes tiene una misión específica. Yo me encontraba en el módulo de servicio disfrutando de unas horas de descanso. Estaba solo. Nadie más pudo verlo.

—Los restantes módulos también disponen de mirador.

Ralph Forsythe inspiró con fuerza.

Dominando su irritación.

—¿Has leído mi informe, Richard? La esfera luminiscente era diminuta. Y su cegador brillo se acentuó al golpear contra el mirador del módulo de servicio. Se proyectó hacia el interior. De ahí que en los demás módulos pasara totalmente desapercibido.

—Tranquilo, Ralph... No es necesario gritar.

—¡Vete al diablo!

Ralph Forsythe se incorporó, comenzando a pasear nerviosamente por la amplia estancia. Se aproximó a la mesa para aplastar el cigarrillo en el cenicero. Al descubrir una burlona expresión en el rostro de Crawford, correspondió con una sonrisa.

—De acuerdo, Richard... Estoy algo exasperado. Tal vez sea por el período de cuarentena. No estoy acostumbrado a los encierros.

—Era necesario, Ralph. Para seguridad de todos. Sabes que la National Aeronautics and Space Administration selecciona cuidadosamente a sus hombres. Física y mentalmente". De ahí que nos sorprendiera tu desvanecimiento, la pérdida momentánea de visión, ese vacío en tu mente... Lo cierto es que no hemos encontrado nada anormal. Puede que, tal como has dicho, todo se deba a un fuerte *shock*.

—Seguro. Fue algo pasajero. ¿Acaso no realicé luego mi trabajo, durante dos semanas, con total perfección?

—Sí, Ralph.

—¿Alguna otra cosa?

Richard Crawford abandonó la mesa del despacho.

Sonrió.

—Impaciente, ¿eh? También lo está Margaret. Mi sobrina apenas me dirige la palabra. Me culpa a mí de tu obligada cuarentena.

Los dos hombres rieron alegremente.

—Estoy ansioso por verla. Para celebrar mi libertad cenaremos en Dorado Nob Hill. ¿Por qué no nos acompañas?

—¿Yo? ¿Un viejo entre jóvenes? ¡Nada de eso! Ve a buscarla y divertíos. Puedes recoger tus objetos personales en la Sección de Identificación.

—Hasta pronto, Richard.

—Adiós, Ralph.

Forsythe abandonó el despacho.

El doctor Crawford, tras permanecer unos segundos inmóvil, volvió a acomodarse en el sillón giratorio.

Sobre la mesa, una carpeta de rojas tapas.

Todo lo relacionado con la estancia de Ralph Forsythe en el Lynley Center. Un amplio *dossier* de los reconocimientos y análisis llevados a cabo durante aquellos cuarenta días.

Richard Crawford atrapó su esferográfica.

Escribió una palabra sobre la roja cartulina. Cruzando en diagonal la portada.

«Satisfactorio.»

Crawford sé reclinó en el asiento. Sin apartar la mirada del rojo cuaderno. Con los ojos fijos en la palabra recién escrita. En cada una de sus grandes letras.

Sí.

Aquél era su diagnóstico.

Satisfactorio.

Nada anormal en Ralph Forsythe.

Sin embargo…

Algo torturaba la mente de Richard Crawford. Interiormente, y pese a haber estudiado con toda minuciosidad el caso, dudaba de su propio dictamen. Era como un presentimiento.

Oscuras hipótesis, que pronto se harían terroríficarealidad.

CAPITULO II

El despertador electrónico comenzó a sonar.

Un zumbido agudo e intermitente que, de no accionar el botón de *stop,* se prolongaría toda una eternidad.

Margaret Crawford, de bruces sobre el lecho, entreabrió trabajosamente los ojos. Se ladeó para alargar el brazo derecho en dirección al reloj depositado en la mesa de noche.

El sonido cesó.

Margaret bostezó, voluptuosa. Estirando brazos y piernas perezosamente. Dejó transcurrir unos segundos antes de abandonar el confortable lecho.

Acudió directamente al cuarto de aseo, abriendo las dos palancas de la bañera.

La estancia contaba con profusión de espejos.

Margaret, al contemplarse en uno de ellos, no pudo evitar un instintivo mohín de disgusto.

Injustificado.

Margaret era una de las pocas mujeres que, recién abandonado el lecho, podía considerarse bella.

Pero era muy exigente consigo misma.

Su rostro era de perfecto óvalo, acentuado por la corta cabellera color azabache. Ojos oscuros. Nariz algo respingona. Labios carnosos.

Se cubría con una *negligée*en amarillo.

Lucía una figura de diosa, cintura de odalisca, caderas redondeadas y piernas largas y esbeltas.

Todo un espectáculo.

Una belleza.

Margaret empleó veinte minutos largos en acicalarse. Al abandonar el cuarto de baño cubría su escultural cuerpo con un *deshabillé*gran fantasía en nylon. No había utilizado la toalla con energía. Gotas de agua se deslizaban por su piel.

La muchacha se anudó la bata a la cintura.

Antes de acudir a la cocina accionó el reproductor instalado en el salón. Las notas de un eterno tema *folk* resonaron por todo el apartamento.

Cuando Margaret se disponía a sacar un frasco de *yogurt*del refrigerador, la sobresaltó el llamador de la entrada.

Instintivamente, dirigió su mirada al reloj que adornaba una de las paredes de la cocina.

La minipantalla digital señalaba las ocho horas y diez minutos.

Margaret, algo intrigada por el madrugador visitante, acudió al sistema doméstico de televisión haciendo correr la cortina protectora de la pantalla. Accionó uno de los mandos del panel.

La imagen que se reflejó en la pantalla transfiguró el rostro de la muchacha. Sin detenerse a desconectar el aparato, giró, acudiendo precipitadamente al *living*.

Abrió la puerta de entrada al apartamento.

—¡Ralph!... ¡Oh!, Ralph!...

La joven echó los brazos al cuello del sonriente Ralph Forsythe. Este correspondió, abarcando la cintura femenina. Unieron sus labios. En un largo beso.

Se separaron.

16 —

Margaret llevó su diestra a los carnosos labios, a la vez que dirigía una perpleja mirada a Forsythe.

Incapaz de articular palabra alguna.

El propio Ralph Forsythe cerró la puerta del apartamento.

—¿Ocurre algo, Margaret?

La muchacha sacudió la cabeza forzando una sonrisa.

—No..., yo... no sé cómo explicarlo... Tu beso... me pareció diferente...

Forsythe volvió a rodear la cintura de la joven.

Avanzaron hacia el salón.

—¿Diferente? No es la primera vez que nos besamos, Margaret.

—Precisamente por eso. Me pareció distinto. Fue... algo extraño.

—Tonterías. Llevamos mucho tiempo sin vernos. Mi estancia en *Hovel-1* y luego la cuarentena. Tal vez lo has olvidado. ¿Qué te parece si probamos de nuevo?

Ralph Forsythe, sin esperar respuesta de la muchacha, la atrajo contra sí. Con cierta rudeza. Apoderándose con redoblado ardor de los gordezuelos labios de Margaret. Percibió cómo el tibio cuerpo de la joven se estremecía.

El escalofrío que se apoderó de Margaret Crawford era de auténtico terror.

Volvió a dirigir una inquisitiva mirada a Forsythe.

—Ralph..., ¿te encuentras bien?

—¿Yo? Por supuesto. ¿Crees que tu tío, el escrupuloso Richard Crawford, me hubiera soltado, en caso contrario? La cuarentena ha concluido. Y mi primera visita ha sido para ti.

—Ayer hablé con tío Richard. Me dijo que esta tarde te haría el último reconocimiento. ¿Cuándo te ha dado de alta?

—Esta misma mañana.

Margaret parpadeó.

Incrédula.

—¿Hoy? El Lynley Center está a unas veinte millas de San Francisco. ¿Cómo has llegado tan pronto? ¿A qué hora has salido de allí?

Forsythe extrajo la cajetilla de tabaco, procediendo a encender

un cigarrillo.

—¿Por qué tantas preguntas, Margaret? ¿Sospechas, acaso, que me he escapado?

—¡Oh, no!... Sólo estoy intrigada. Creo que es la primera vez que un internado en el Lynley Center abandona el establecimiento al amanecer. Y tú has tenido que salir de allí muy temprano para poder estar aquí ahora.

—La impaciencia ha puesto alas a mis pies.

Margaret rio en cantarina carcajada.

—No quieres decirlo, ¿eh? Ya me lo explicará tío Richard. Me disponía a tomar el desayuno. ¿Me acompañas?

—Perfecto.

—¿Qué te preparo?

—Lo mismo que tú, pero suprime el *yogurt.*

—De acuerdo. En irnos minutos estará... —Margaret se interrumpió. Quedó unos instantes con la boca entreabierta—. ¿Cómo... cómo sabías que iba a tomar un *yogurt?*

—¿No es tu costumbre?

—No.

Forsythe se encogió de hombros.

—Entonces ha sido una coincidencia.

La muchacha le miró fijamente, aunque sin hacerningún otro comentario. Tras permanecer unos segundos inmóvil, giró, encaminándose hacia la cocina.

Ralph Forsythe siguió sus pasos.

Acentuando el nerviosismo de la muchacha. Esta, sin conocer la verdadera causa, se encontraba molesta. Incluso asustada. Descubriendo en Forsythe un comportamiento extraño.

—¡Cielos!... Ya se me ha hecho tarde. Como ya sabes, debo estar a las nueve en la Wallis Company. ¿Qué te parece si tomamos el

desayuno en cualquier *snack* de la zona?

Forsythe chasqueó la lengua.

Con sus grises ojos fijos en la nívea ceniza del cigarrillo.

—No debes mentirme, Margaret... Hay tiempo suficiente. Únicamente estás asustada. Me tienes miedo.

La joven forzó una sonrisa.

—No seas absurdo, Ralph... Somos buenos amigos, ¿no? ¿Por qué iba a tenerte miedo? Aún debo vestirme, y no me gusta llegar con el tiempo justo. El tráfico es intenso. En unos minutos estaré lista para salir.

Margaret se dirigió al dormitorio.

A grandes zancadas.

Casi en instintiva y veloz carrera.

Ralph Forsythe sonrió, burlón.

Trazó una mirada semicircular por la cocina.

Avanzó hacia uno de los muebles. Se inclinó para abrir el último de los compartimentos. Allí estaba la caja de herramientas. También descubrió la sierra eléctrica inalámbrica.

Se apoderó de ella.

Era ligera y manejable.

De doble filo dentado.

Ralph Forsythe pasó al salón, aproximándose al aparato reproductor. Acentuó al máximo el volumen. El sonido estereofónico se acrecentó considerablemente. Hasta resultar ensordecedor.

Acto seguido avanzó por el corredor hasta detenerse frente a una

de las puertas.

Empujó la hoja de madera.

Margaret estaba junto al armario de triple espejo. También el espejo reflejó la imagen de Forsythe.

La muchacha giró con rapidez.

Sorprendida e irritada.

—¡Ralph!... ¿Cómo te has atrevido? Te... te ruego abandones de inmediato la habitación.

Forsythe sonrió.

A sus grises ojos asomó un turbio brillo. Devorando con la mirada a Margaret.

Avanzó hacia la muchacha.

Lentamente.

Sin dejar de sonreír.

Margaret se percató, por primera vez, de la sierra eléctrica. Firmemente atenazada por la diestra de Forsythe.

—No... no..., Ralph... ¿Qué significa...?

Un desgarrador alarido brotó de la garganta de Margaret. Palideció de terror, cuando la mano izquierda de Forsythe aferró bruscamente sus cabellos, tirando de ella hasta hacerla caer.

La joven, presa del pánico, gateó hacia la puerta.

Percibió la risa de Forsythe.

Gutural.

Satánica...

Margaret no logró alcanzar la puerta.

Ralph Forsythe se había abalanzado sobre la muchacha. Con el rostro deformado en demoníaca mueca. Riendo como un poseso.

Margaret cerró instintivamente los ojos.

Su última visión fue el deforme rostro de Forsythe, muy próximo a ella. Quemándola con su aliento.

Ningún otro recuerdo.

El resto pertenecía al Más Allá.

CAPITULO III

Ralph Forsythe estacionó en el *parking* que bordeaba el gigantesco Eggar Building. Descendió del aerodinámico *Janus-80,* último modelo deportivo de la Chevrolet en turboflite, con techo de vidrio térmico coloreado, asientos moldeados para dar apoyo a los hombros y espalda, alumbrado electroluminiscente y fanales delanteros retráctiles.

Forsythe consultó la micropantalla de su reloj de pulsera.

El digital marcaba las catorce horas y ocho segundos.

Esbozó una sonrisa.

Desde el *parking* del Lynley Center, donde había permanecido su auto todo el período de cuarentena, hasta el centro de San Francisco sólo había empleado un par de horas. Todo un récord. Máxime contando con el intenso tráfico en todos los accesos a la ciudad.

Ralph Forsythe penetró en la oficina bancaria situada en una de las plantas bajas del Eggar Building.

Acudió a uno de los mostradores.

—¡Hola, Henry!

El hombre que tecleaba en la súper perforadora alzó la mirada.

—¿Has olvidado algo, Ralph?

Forsythe arqueó las cejas.

Era un buen amigo de Henry Silvers. Esperaba un recibimiento más cordial después de cerca de un trimestre sin verse.

—¿Olvidar? Eres tú quien olvida saludar a los amigos. ¿Cómo siguen Joanne y los niños?

Henry Silvers, de rubicundo rostro y ojos azules, ahogó un suspiro mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Oye, Ralph... Estamos a punto de cerrar. No me hagas perder el tiempo, ¿eh? Si quieres algo lo dices y terminamos.

—Perdona. Sólo me interesaba por los amigos.

—Tienes ganas de broma, ¿verdad? Lo comprendo. Te acaban de soltar del Lynley Center y vienes eufórico. De acuerdo, Ralph. Joanne y los niños siguen bien. ¿Alguna otra cosa?

Forsythe entornó los ojos.

Intrigado por la extraña conducta de su amigo, decidió terminar con aquella situación antes de que se hiciera más tensa.

—Quiero retirar algo de efectivo. Unos...

—Diez mil dólares.

—Correcto, Henry. Esa es la cantidad que iba a mencionar. Eres muy listo.

—Nada de eso. Únicamente me limito a seguir tu estúpida broma. Ya que has olvidado la tarjeta, vuelve a firmar en el Identificador y yo pasaré la ficha al pagador automático.

Ralph Forsythe extrajo, de uno de los bolsillos de la *trenka,* una tarjeta perforada que depositó sobre el mostrador.

Silvers sonrió.

Con nulo entusiasmo.

—¡Ah!... Ahora es con tarjeta. *Okay,* Ralph. Puedes ir directamente al automático número... seis. Ya he verificado tu saldo hace unos quince minutos. Sé que puedes disponer de otros diez mil dólares. Recuperarás la tarjeta con el dinero. Adiós.

Forsythe no se movió.

Endureció sus facciones, dirigiendo una inquisitiva mirada a Silvers.

—Eres tú quien está bromeando conmigo, Henry. ¿Qué quiere decir eso de *otros* diez mil dólares?

Silvers se incorporó, abandonando la súper perforadora. Con premeditada lentitud, se inclinó sobre el mostrador para enfrentarse mejor a Forsythe.

—Escucha, Ralph... Ignoro qué significa tu absurdo proceder.

Hace quince minutos te presentaste aquí. Nos saludamos efusivamente, tal como corresponde a dos buenos amigos que llevan algún tiempo sin verse. Me preguntaste por Joanne y los niños, congratulándote al decirte que estaban bien. Luego solicitaste diez mil dólares y, dado que habías olvidado la tarjeta bancaria, te hice firmar en el Identificador. Nos despedimos cordialmente y prometiste cenar un día de éstos en mi casa. Y ahora te presentas de nuevo para repetir la misma operación. Por supuesto que estás en tu derecho al retirar dinero, cada quince minutos, mientras dispongas de fondos; pero no puedes obligarme a perder el tiempo con estúpidas bromas.

Forsythe parpadeó.

Estupefacto.

Reaccionó riendo en alegre carcajada.

—¡Oh, no!... ¡El eficiente Henry Silvers se ha dejado engañar! Yo no he estado aquí hace quince minutos, Henry. Acabo de llegar a San Francisco. Desde el Lynley

Center. No he detenido el auto hasta estacionarlo en el *parking* del Eggar Building. Temía encontrar el establecimiento cerrado. Quien se ha presentado aquí, timándote esos diez mil dólares, era un vulgar sosias.

—¿De veras?

—¡Seguro! —exclamó Ralph Forsythe, sin dejar de reír—. ¿Cómo te has dejado engañar, Henry?

Silvers también sonrió.

Con sarcasmo.

—Pues... no sé. El tipo tenía tu misma cara, llevaba esa misma *trenka* e idéntico jersey; me preguntó por la familia y, lo más divertido, estampó su hológrafo en el identificador electrónico de firmas. ¿Sabes qué ocurrió, muchacho? No fue rechazado. Era la firma de Ralph Forsythe. Por supuesto que eso ya lo sabía yo, pero es normativo seguir un proceso. Gracias a eso, puedo demostrar que no he sido engañado. En el Identificador es imposible una falsificación. Tú lo sabes. Bueno, Ralph... Ya todo en orden, ¿no? Por el pagador seis recibirás los diez mil dólares.

El estupor se había acentuado en Forsythe.

—Henry..., te juro que esto no es una burla. No he estado aquí antes. Acabo de llegar del Lynley Center y mi primera parada ha sido aquí.

—También yo puedo jurarte que tú estabas aquí hace unos quince minutos. No era un sosias. Tu misma vestimenta, la misma voz, el Identificador...

—Eso es imposible. ¡Acabo de llegar a San Francisco!

El rostro de Henry Silvers cambió de expresión.

Perdió todo signo de ironía.

—Ralph..., ¿por qué no descansas un poco? Puede que ese tiempo en el Lynley Center haya alterado tus nervios. Tal vez no recuerdas tu anterior visita.

—No estoy loco, Henry.

—No he querido insinuar eso, muchacho. Sólo que...

—Voy a denunciar lo ocurrido —interrumpió Forsythe—. Te aconsejo hagas otro tanto con tus superiores. Pronto recibirás la visita de la policía.

Ralph Forsythe atrapó bruscamente su tarjeta.

No esperó a que Silvers cursara la orden de pago al automático. Estaba demasiado irritado para permanecer un segundo más allí. Realizaría sus gastos con los *tickets* de crédito o bien acudiría a otra entidad bancaria. Su tarjeta, mundialmente homologada, podía ser tramitada en infinidad de establecimientos.

Se acomodó nuevamente al volante de su *Janus-80*.

El auto enfiló hacia Nob Hill. En perpendicular a la populosa California Street. A la altura de la Grace Cathedral se desvió, para bordear el Titts Park.

Poco más tarde se adentraba en Barby Street.

En el número 1797 de la mencionada calle giró el volante para introducirse en el *parking* subterráneo del descomunal edificio-colmena. Estacionó en una plataforma ya designada.

Al descender del vehículo, el rostro de Ralph Forsythe permanecía aún conlasmandíbulasfuertemente apretadas. Continuaba irritado por la escena vivida enel Eggar Building. Lo que afirmaba Henry Silvers era ridículo y, a la vez, contundentemente verosímil.

Podía suplantarle un hombre de parecido físico, de igual voz e idéntica vestimenta; pero burlar al identificador electrónico de firmas, resultaba ya imposible. El aparato no sólo comprobaba escrupulosamente el trazo, sino también la dureza habitual al imprimir, la posición de la esferográfica e infinidad de características que sólo el titular podía realizar a satisfacción.

Ralph Forsythe, mientras esperaba la bajada de uno de los elevadores que llegaban hasta el sótano, encendió un cigarrillo.

Lo succionó repetidamente.

Exhaló una bocanada.

Al introducirse en la cabina parecía ya más calmado. Consciente de que todo aquello debía tener una explicación lógica. Incluso tal vez fuera una pesada broma de Silvers.

El elevador se detuvo en la planta doce.

Ralph Forsythe pasó al rellano de donde nacían cuatro largos y enmoquetados corredores. Se adentró por el de la izquierda. El señalizado con la letra «C».

Se detuvo frente a una de las puertas. En una placa circular se leían grabadas las siglas C12-9. Cuando se disponía a introducir la ficha-clave en la ranura del pomo, dos individuos aparecieron súbitamente, situándose a ambos lados de Forsythe.

—¿Es usted Ralph Forsythe? —interrogó uno de ellos.

Forsythe, tras contemplar alternativamente a los dos hombres, asintió.

—Sí…

El individuo situado a su izquierda le mostró una credencial.

Sobradamente conocida en Estados Unidos.

Aquellos dos hombres eran agentes de la BCA.

Tres iniciales que encerraban a la más poderosa organización política del mundo.

Ralph Forsythe forzó una sonrisa. —¿Qué quiere de mí la Brigada de Control Anticrimen? ¿He cometido algún delito? El individuo guardó la credencial.

Correspondió a la sonrisa de Forsythe con una fría mueca.

—Debe acompañarnos, Forsythe. Se le acusa de asesinato.

Ralph Forsythe sacudió la cabeza.

Aturdido.

Temiendo no haber oído bien.

—¿Asesinato?...

—Eso he dicho, Forsythe. Se le considera culpable de la muerte de Margaret Crawford.

CAPITULO IV

Ralph Forsythe palideció.

Tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta. Sintiendo que las piernas se negaban a sostenerle. Experimentó fuertes deseos de vomitar.

La escena era espeluznante.

La más demoníaca pesadilla se había desarrollado en aquella habitación.

Alfombras, cortinajes, muebles…, todo aparecía destrozado.

Margaret había sido asesinada. El crimen había sido cometido con un ensañamiento atroz.

Un hálito de horror flotaba por doquier, en la estancia.

Sobre la alfombra cercana al lecho se veía una sierra eléctrica cuya hoja, oscurecida, delataba el siniestro trabajo que había realizado.

Forsythe retrocedió.

Tambaleándose.

Sin poder controlar por más tiempo las náuseas, vomitó.

Los dos individuos que permanecían junto a él le contemplaron con marcado desprecio.

Enla habitacióndelcrimenseencontrabantreshombres más, provistos de material especial. Ya habían concluido su trabajo.

Un cuarto hombre surgió, procedente del salón.

Un individuo de unos cuarenta años de edad. De encrespado «pelo y facciones anodinas. Con las manos introducidas en los bolsillos de

un corto gabán.

—¿Ralph Forsythe?

—Sí…

—Yo soy Gene Campbell, teniente de la BCA. Es un honor conocer al cachorro de hiena número uno.

—Oiga, teniente. Yo no…

—No le he preguntado nada —interrogó Gene Campbell, rudamente—. Le he hecho venir aquí para que contemplara por última vez su obra. ¿Le he obligado a vomitar?… ¡Cuánto lo lamento! Apuesto a que mientras descuartizaba a la chica no se alteró su sensible espíritu.

Ralph Forsythe apretó las mandíbulas con fuerza.

—Exijo la presencia de un miembro del Comité de Derechos Humanos.

—Es la Brigada de Control Anticrimen quien ha decidido aceptar el caso, Forsythe. La Special Metropolitan Police, dado lo… peculiar del crimen, se comunicó con nosotros. Lo acepté de inmediato. Con placer. Sí, Forsythe…, con un morboso deseo de ser yo quien lleve al culpable hasta la silla eléctrica. Cuando termine de interrogarle podrá ponerse en contacto con un miembro abogado del Comité de Derechos Humanos; pero no antes. El caso pertenece a la BCA. Sabe lo que eso significa, ¿verdad? Todos los derechos del ciudadano quedan postergados.

—Puedo demostrar mi inocencia, teniente.

Gene Campbell rio.

Con seca carcajada.

—Seguro. Ya escucharemos sus embustes en la central. Llevadlo al auto, muchachos.

Los dos hombres que custodiaban a Ralph Forsythe le empujaron, obligándole a avanzar por el corredor.

En el *living* había policías uniformados de la Special Metropolitan Police. También los elevadores y la sala de recepción del edificio se encontraban bajo control de agentes uniformados.

El conserje del edificio, al descubrir la presencia de Forsythe, comenzó a gritar. .,

—¡Sí!... ¡Ese es!... ¡Es el hombre que vi subir!... ¡Me preguntó si la señorita Crawford estaba en su apartamento!... ¡Es él!...

Los vecinos y curiosos que deambulaban por la sala acrecentaron sus comentarios ante las acusaciones del conserje.

Ralph Forsythe fue conducido a un coche blindado de la BCA. Los dos hombres que le vigilaban se acomodaron con él en el asiento trasero. El teniente Campbell se situó junto al conductor.

Cuatro agentes motorizados fueron abriendo camino con el ulular de sus sirenas.

Durante el corto trayecto, los ocupantes del vehículo blindado no intercambiaron palabra alguna.

La Brigada de Control Anticrimen de San Francisco estaba emplazada en la Slate Avénue. Un edificio de ca torce plantas de moderna construcción. Totalmente des tinado a la poderosa organización policíaca. ,

Ralph Forsythe fue trasladado al tercer piso.

Una grandiosa sala surcada por interminables filas de mesas, archivos y computadoras. Al fondo se divisaban los despachos privados.

Avanzaron hacia uno de ellos.

—¡Teniente!...

Gene Campbell se detuvo, ladeando la cabeza hacia el lugar de donde surgió la voz. Asintió a la llamada del individuo.

—Llevar a Forsythe a mi despacho. Tú te quedas con él, Woodward.

—Muy bien, señor.

El llamado Woodward abrió la puerta metálica, cediendo el paso a Ralph Forsythe. La hoja volvió a cerrarse automáticamente.

El despacho, espacioso y confortable, tenía su ventanal enfocado a la Slate Avenue. —Puedes sentarte, bastardo. Ralph Forsythe entornó

los ojos.

No replicó, limitándose a dirigir a Woodward una fría mirada.

James Woodward llevaba cinco años como simple agente de la BCA. Jamás lograría un ascenso y, de seguro, tampoco alcanzaría la jubilación. Era extremadamente cruel. Su ingreso en la organización le sirvió para ejercer su refinada maldad, sin temor a represalias. Tan sólo algún que otro expediente disciplinario o el traslado a una ciudad catalogada como de castigo.

Ralph Forsythe se acomodó en uno de los sillones. Extrajo la cajetilla de tabaco llevándose un cigarrillo a los labios. No llegó a aplicar la llama del encendedor.

Woodward se había aproximado en dos zancadas.

De seco manotazo le arrebató el cigarrillo de la boca.

—¿Quién te ha dado licencia para fumar, carnicero? Sucio bastardo... Pareces muy tranquilo, ¿eh? Un tipo listo. ¿Crees que vas a salir con bien de esto?... Recoge el cigarrillo.

Forsythe dudó unos instantes.

Tentado de enviarle al infierno.

Se decidió por obedecer y no empeorar su ya comprometida situación.

El cigarrillo había caído en uno de los rincones de la estancia.

Ralph Forsythe se incorporó del sillón.

No llegó a dar un par de pasos.

Woodward, sin dejar de sonreír, le golpeó con fuerza.

Ralph Forsythe se derrumbó sobre el sillón. Quedó semiencorvado. Boqueando. Sintiendo que el aire no llegaba a sus pulmones..

El agente había atrapado el cigarrillo.

Lo colocó en los entreabiertos labios de Forsythe.

—¿Fuego, bastardo?

En ese instante se abrió la puerta del despacho para dar entrada a Gene Campbell. El policía consultaba unos papeles. Con marcado interés. Se acomodó tras la mesa escritorio.

—Puedes retirarte, Woodward —dijo el teniente de la BCA, sin dejar de contemplar aquellos papeles.

James Woodward obedeció.

No sin antes dirigir una significativa y amenazadora mirada a Forsythe. Este comprendió. No debía comentar el… incidente.

Ralph Forsythe encendió el cigarrillo. No pudo ocultar un gesto de dolor.

—¿Se encuentra bien, Forsythe?… ¿Le ocurre algo?

Forsythe alzó la mirada.

Descubrió los ojos de Gene Campbell fijos en él.

Forzó una sonrisa.

—Nada de particular, teniente… Tropecé con una de las esquinas de la mesa; pero, afortunadamente, estaba aquí el agente Woodward para… ayudarme.

—Creo comprender, Forsythe. Y lamento lo sucedido. James Woodward es un buen agente. El mejor pararealizar ciertos trabajos. En ocasiones nos enfrentamos con auténticas ratas de alcantarilla. Hay que combatirlas sin piedad. Woodward es nuestro especialista.

Ralph Forsythe exhaló una bocanada de humo.

Con dificultad.

—Puede que de tanto luchar contra las ratas haya adquirido sus propias costumbres. Olvidémoslo. Hay cosas más importantes que tratar, ¿verdad, teniente?

Gene Campbell asintió, mientras que el dedo índice de su mano derecha tecleaba sobre los papeles depositados en la mesa.

—Cierto, Forsythe. Aquí tengo una declaración sorprendente. Corresponde al ilustre biólogo e investigador Richard Crawford. En ella hace constar que Ralph Forsythe fue dado de alta en el Lynley Center a las trece horas del día de hoy. No es sólo la palabra de

Crawford, harto valiosa, sino también la del jefe de la Sección de Identificación del Lynley Center; junto con el Control de Salida que registró su imagen cuando abandonó el establecimiento.

Forsythe no alteró un solo músculo de sus pálidas facciones.

Prosiguió succionando el cigarrillo.

Sin formular comentario alguno.

—Es una coartada magnífica, Forsythe —dijo el teniente, con leve sonrisa—. Irrefutable. Me sorprende verle impasible. ¿No se alegra?

—Ya le advertí que podía demostrar mi inocencia, teniente. De haberme hecho caso, se evitaría ahora el ser demandado.

—¿Va a demandarme?

—Por supuesto. No se puede acusar tan ligeramente como lo han hecho. ¡Ni tan siquiera la poderosa BCA! He sido tratado como el más despreciable de los asesinos. Ante infinidad de testigos. Sí, teniente..., le voy a demandar.

—No se lo aconsejo. La Brigada de Control Anticrimen tiene potestad para detener a cualquier ciudadano. Con la única base de una leve sospecha. Por remota que sea.

—Tendrá noticias del Comité de Derechos Humanos —replicó Ralph Forsythe, con voz carente de inflexión—. Contrataré al mejor grupo de abogados. ¡Adiós, teniente!

Forsythe se incorporó, acudiendo hacia la puerta.

Antes de que llegara a tocar el cierre sonó la voz de Gene Campbell.

—¿Quién le ha dicho que está en libertad, Forsythe?

Ralph Forsythe giró lentamente.

Con los ojos entornados.

—¿A qué hora mataron a Margaret Crawford?

—A las ocho y cuarenta minutos de la mañana.

—A esa hora el doctor Crawford me estaba sometiendo a

chequeo. Y no abandoné el Lynley Center hasta las trece horas. Creí que eso ya había quedado aclarado.

—Correcto, Forsythe. Ya comenté lo perfecto de su coartada.

—¿Entonces?...

El teniente Campbell también se incorporó.

Dejó atrás la mesa escritorio para enfrentarse a Forsythe.

Le miró fijamente a los ojos.

—La BCA no actúa alegremente, Forsythe. Si fue detenido, lo originaron las aplastantes pruebas en su contra.

—¿De veras? ¿Se refiere a la palabra del recepcionista del edificio?

—Es una de ellas»

—Hawkins se equivocó. Me confundió con otro de posible parecido físico.

—¿Hawkins? ¿Cómo sabe el nombre del recepcionista?

—Me unía una gran amistad con Margaret Crawford. La visitaba con frecuencia. De ahí que conociera bien al conserje del edificio.

Gene Campbell sonrió.

Ralph Forsythe había pronunciado las palabras que él quería.

—Y, recíprocamente, Hawkins debía conocerle bien a usted. Hoy no sólo le vio pasar, Forsythe. Cruzaron unas palabras. Usted le preguntó si la señorita Crawford estaba en el apartamento y...

—¡No fui yo!

—*Okay,* Forsythe. Dejemos ese discutible punto para pasar a otro que, al igual que su coartada, no admite dudas. Me refiero a las huellas encontradas en el apartamento de Margaret Crawford. El asesino no se molestó en simularlas. Las hemos hallado en todas partes. En el salón, en la cocina, en las puertas, en el aparato reproductor, en la habitación de Margaret... y en el arma homicida. La sierra eléctrica está plagada de ellas.

Ralph Forsythe tragó saliva.

Percibió un fugaz escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Son… son mis huellas?

—¡Aja! Sus huellas, Forsythe. Sin ninguna duda. Apenas detectadas, se enviaron a nuestro Superarchivador. Las computadoras, en décimas de segundo, nos proporcionaron su ficha. Expertos en dactiloscopia han ratificado la selección de la máquina. No hay error. Las huellas encontradas en el apartamento, recientes y claras, pertenecen a Ralph Forsythe.

—Eso es absurdo… ¡Absurdo! ¡No he estado allí! ¿Me oye, teniente? ¡Me encontraba a varias millas de distancia! ¡Son las huellas de otro hombre!

Gene Campbell se apoyó en una de las esquinas de la mesa.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—También a mí me parece absurdo, pero daré con una respuesta lógica. Desde los viejos tiempos de Al Capone, el mundo del hampa dedicó fabulosas sumas para que investigadores sin escrúpulos lograran borrar las huellas dactilares o reemplazarlas por otras. Fracasaron. Hoy, en los umbrales del año 2000, nada se ha conseguido. Nadie puede alterar sus huellas, ni se ha dado el caso de dos individuos con los mismos trazos dactilares.

—Lo sé…

—¿Y bien?

Ralph Forsythe se pasó el dorso de la mano derecha por la frente.

Perlada por diminutas gotas de frío sudor.

—Estoy tan aturdido como usted, teniente. No… no comprendo nada.

—Encontraré una respuesta, Forsythe. Ya he comunicado a sus superiores de la NASA que se encuentra bajo control. —Campbell, con irónica sonrisa, añadió—: Nos resultaría algo difícil detenerle en la estación espacial *Hovel-1*. Hasta pronto, Forsythe. Por supuesto, le está prohibido abandonar la ciudad.

Ralph Forsythe no hizo ningún comentario.

Estaba demasiado ofuscado.

En el *hall* de aquella tercera planta se encontró con Richard Crawford.

El científico, acomodado en uno de los sillones deespera, se incorporó cansinamente. Con rostro cerúleo y manos temblorosas.

—Ralph...

Forsythe le interrumpió.

Con ronca voz.

—No hablemos aquí, Richard. Salgamos. Algo extraño está ocurriendo en torno a mí. Algo diabólico y monstruoso, que es preciso descubrir cuanto antes.

CAPITULO V

El apartamento de Ralph Forsythe disponía de mueble-bar cilíndrico elevadizo. Muy bien surtido. Botellas de cristal tallado y multicolor se agrupaban cuidadosamente ordenadas.

—¿Un whisky, Richard?

Crawford, semiencorvado en el sofá que adornaba el salón, denegó con un movimiento de cabeza.

Ralph Forsythe encendió un. cigarrillo. Con el vaso de whisky en su diestra, acudió a acomodarse frente al biólogo.

Permanecieron unos segundos en silencio.

—¿Cuándo te comunicaron lo ocurrido, Richard?

—Poco después de tu salida. Tomé un helicóptero del Lynley Center. Llegué antes que tú a San Francisco. Desde un principio negué la acusación que vertían sobre ti, pero la BCA ya había ordenado tu detención.

—Me estaban esperando a la puerta del apartamento.

Crawford mesó nerviosamente sus cabellos.

—Ha sido algo horrible... Monstruoso... Me llevaron al apartamento de Margaret... Santo Dios...

—También yo he presenciado la espeluznante escena, Richard. Mis huellas están por todas partes. En especial, sobre el arma homicida.

—Es absurdo... Tú te encontrabas en el Lynley Center...

Forsythe arrojó el recién encendido cigarrillo.

Con furioso movimiento.

—¡Maldita sea!... ¡Eres un científico! ¡Uno de los más prestigiosos cerebros del país! ¡Tienes que encontrar una respuesta! ¡Todo esto debe tener una explicación!

—No sé qué responder, Ralph..., no lo sé....

Forsythe se reclinó en el sofá. A pequeños sorbos, aparentemente más calmado, vació el vaso de whisky.

—Alguien me está suplantando, Richard. Un perfecto doble, que incluso posee mis mismas huellas dactilares. Y no sólo eso. Un sosias que conoce mi forma de obrar, mis costumbres, mis rasgos más particulares... Alguien capaz de burlar al identificador de firmas de una entidad bancaria.

Ante el gesto de estupor de Crawford, procedió a narrar lo acontecido en el Banco del Eggar Building. Con todo detalle. Sin omitir la conversación mantenida con su amigo Henry Silvers.

—¿Descartas cualquier posible broma por parte de Silvers?

Forsythe rio agriamente.

—¿Broma? Tal vez pasara por mi imaginación, pero después de lo de Margaret..., ¿puedo permitirme la duda? No, Richard. Alguien me está suplantando.

—Opino lo mismo, aunque no llego a ver los motivos. No eres una gran personalidad política ni tienes acceso a los secretos de la NASA. Se te considera uno de los mejores técnico-astronautas; pero nadie sale beneficiado con acusarte de asesinato.

Ralph Forsythe volvió a encender un cigarrillo. Ya había recuperado todo control. Se mostraba frío y calculador.

—Enfocamos el asunto desde, un prisma diferente, Richard. ¿Crees que se ha conseguido un sosias de Ralph Forsythe sólo para

ocasionar desprestigio ante la opinión pública?

—Correcto.

—¿Y quién pudo planear tal cosa?

Crawford alzó los brazos.

—¡Cualquier potencia extranjera, Ralph! ¿No lo comprendes? Los Estados Unidos han sido los primeros en instalar una estación espacial tripulada. Un fabuloso cosmopuerto intermedio entre la Tierra y los demás planetas. Somos los primeros en programar la conversión termiónica, obteniendo electricidad del núcleo del reactor atómico.

—Sigo sin entender. Yo sólo soy un peón.

—¿También en *Hovel-1?* No, Ralph… Allí eres insustituible. Y tú lo sabes. Alejarte del servicio llevaría consigo un retraso en los trabajos a realizar en *Hovel-1*. La Unión Europea, la URSS, Gran China… Cualquiera de esas potencias, actualmente rezagadas en la conquista del espacio, disfrutaría con ver mermada la actividad del *Hovel-1*.

—*Okay,* Richard. Ahora responde a una pregunta. ¿Cómo diablos han conseguido… fabricar tan perfecto doble? ¡Un hombre con mis mismas huellas dactilares!

—Lo ignoro. Tal vez hayan descubierto un procedimiento todavía desconocido por nosotros.

Forsythe sonrió.

Con manifiesto sarcasmo.

—¡Fabuloso! Pueden suplantar, sin el menor fallo, a un hombre. Y se deciden por Ralph Forsythe para así retrasar los trabajos en la estación espacial. Me parece un poco estúpido. Lo correcto hubiera sido suplantar a Donald Edwards, jefe de la Comisión de Energía Atómica; al doctor Martin Simmons, que, junto con otros colegas de la National Aeronautics and Space Administration, es el diseñador del *Hovel-1;* al ilustre…

—¡Está bien, maldita sea! —gritó Richard Crawford, levantándose del sofá—. ¡Tienes razón!… ¿Qué más puedo decir? ¡Estoy tan confuso como tú! ¡No encuentro respuestas!

—No eres sincero, Richard.

—¿Qué insinúas?

Forsythe habíaretornado al mueble-bar.

Se sirvió un segundo vaso de whisky.

Fijó su mirada en Crawford.

—Es imposible un sosias tan perfecto, Richard. Mental y físicamente. El hombre que retiró dinero del Banco conocía mi familiaridad con Henry Silvers. Hizo gala de esos conocimientos. En cuanto a las huellas dactilares..., eran las mías. Tal vez fui yo quien mató a Margaret.

—Estás desvariando. A la hora del crimen te encontrabas conmigo en el Lynley Center.

—Bilocación.

Crawford arqueó las cejas.

Tras unos instantes de estupor, movió lentamente la cabeza, de un lado a otro.

—No, Ralph... Ningún caso de bilocación o desdoblamiento ha sido científicamente comprobado. Son fenómenos supranaturales. Propio de mentes de un extraordinario poder psíquico.

—Tal vez esté en posesión de un mágico ESP (1).

(1)ExtraSensoryPerception(Percepciónextrasensorial)

—No se adquiere tan fácilmente, Ralph. Es algo que...

—Me fue proporcionado en el *Hovel-1* —interrumpió

Forsythe, con grave voz—. Aquel extraño cuerpo que me cegó, dejándome sin sentido. Puede estar ahí la respuesta a todo este enigma.

Richard Crawford no hizo comentario alguno.

Fue hacia el mueble-bar. Ahora sí necesitaba un trago. Seleccionó

una botella de brandy.

—No pareces muy sorprendido, ¿verdad?

—No, Ralph. También pasó por mi mente esa hipótesis —reconoció el biólogo, saboreando el brandy pausadamente—. Incluso antes de que ocurriera lo de Margaret. Me intrigó que tu cuerpo no acusara señal alguna del incidente sufrido en *Hovel-1*. La ceguera momentánea y la pérdida de conocimiento fue ocasionada por algo y, sin embargo, no se ha detectado anormalidad alguna. Ahora, ante lo inexplicable y absurdo, es lógico relacionarlo con el también misterioso suceso ocurrido en la estación espacial.

—Eres también psiquiatra, Richard. ¿Qué opinión te merece el asesino de Margaret?

Crawford se despojó dejos lentes. Sus ojos se entornaron hasta casi quedar ocultos por los caídos párpados.

—Pues... es difícil dar un juicio acertado. El ensañarse tan monstruosamente con la infortunada Margaret es propio de un psicópata. De un enfermo mental. Aunque también se ha dado el caso de asesinos que, totalmente cuerdos, destrozan a sus víctimas sólo por satisfacer sus sangrientos instintos. Por el placer de matar. Por dar salida a su sobrecarga de violencia. Lo de Margaret...parece obra del mismísimo diablo.

Forsythe palideció.

Instintivamente, con ausente expresión, movió la cabeza de arriba a abajo.

—No estás equivocado, Richard. Cuando me llevaronal apartamento de Margaret, la sangrienta y macabra escena me era familiar... Todo aquello ya lo había visto con anterioridad. —¿Dónde?

—En un *comic-video* de *Supersatán.* Recuerdo que me impresionó por su desagradable realismo. Estaba descansando en el Módulo de Servicio del *Hovel-1*. Tomé al azar uno de los *comic-video. Supersatán,* del fabuloso dibujante Ernest Jayston. En aquel episodio *Supersatán* terminaba con una mujer utilizando una sierra eléctrica. No llegué a terminarlo. Fue entonces cuando aquella diminuta esfera golpeó el mirador, deslumbrándome con su luz y arrojándome al suelo sin sentido.

El rostro de Crawford también había adquirido una marcada

palidez. Su diestra, sosteniendo la copa de brandy, inició un perceptible temblor.

—¿Estás... estás seguro de eso, Ralph? ¿Fue durante la lectura del *comic-video* cuando surgió el accidente? —Sí.

Richard Crawford carraspeó. Nerviosamente.

—Veamos... Ese asesinato del *comic* te impresionó..., a los pocos segundos perdías el conocimiento cegado por un extraño resplandor. Tu mente quedó en blanco..., tal vez ocupada, en exclusiva, por aquellas espeluznantes imágenes y... ¡Maldita sea!... ¡No puede ser, Ralph ¡Aunque tu mente quedara dominada por ese monstruoso crimen, tú no has matado a Margaret! ¡Estabas conmigo en el Lynley Center! ¡Lejos de San Francisco!... Todo esto debe tener una explicación lógica. —Hay que dar con ella, Richard. —¡Seguro! Vuelvo al Lynley Center. Quiero repasar todos los análisis y pruebas a que has sido sometido. Puede que se nos haya pasado algo por alto.

Forsythe no respondió.

Acompañó a Crawford hasta el *living.*

—Mañana nos veremos, muchacho. Todo se solucionará. Toma un par de píldoras RS y dormirás plácidamente. ¿De acuerdo?

Ralph Forsythe asintió con un movimiento de cabeza.

Esperó a que Richard Crawford desapareciera en uno de los elevadores para cerrar la puerta del apartamento y retornar al salón.

No tomaría las píldoras RS.

No quería dormir.

Su problema era demasiado alucinante para permitirse el menor descanso.

Tenía un punto de partida.

Supersatán.

Un personaje de ficción e irreal.

Ralph Forsythe sabía dónde encontrarle.

CAPITULO VI

Ralph Forsythe quedó unos instantes indeciso. No esperaba ser recibido por semejante belleza. —¿Ernest Jayston?

—Sí, aquí es...; pero ahora no se encuentra en San Francisco.

—¿Cuándo regresará?

—A finales de semana. Está en Los Ángeles para recibir el premio. Le ha sido concedido, por tercer año consecutivo, el Oscar del *Comic-Video*. Yo soy Lilith Jayston, hermana de Ernest. ¿Puedo ayudarle en algo?

Forsythe contempló fijamente a la muchacha que estaba bajo el umbral.

Joven.

De unos veinte años de edad.

Rostro de rara belleza que estaba enmarcado por sedosa mata de negro pelo. Ojos oscuros y rasgados. Labios carnosos.

Lucía un minivestido de una sola pieza en fibra metálica *Licrox*. Muy ceñido al cuerpo. Materialmente pegado a la piel. Resaltando cada una de sus curvas. Un ancho cinturón rojo, con hebilla circular dorada, se ajustaba rodeando el inicio de las caderas. Calzaba botas hasta las rodillas. El corto vestido permitía admirar los largos y esbeltos muslos.

Sí.

Una verdadera y seductora belleza.

Ralph Forsythe había olvidado por un instante sus inquietantes problemas, centrando toda su atención en aquellos gordezuelos labios. Deseando besarlos.

¿Ayudarle en algo?

¡Seguro!

Pero Forsythe no transmitió sus pensamientos.

—Quería hablar con Ernest.

—¿Periodista?

—No. Soy Ralph Forsythe, miembro de la Unidad Espacial de la NASA.

El rostro de la muchacha delató sorpresa. —No es una visita oficial, ¿verdad? Forsythe sonrió.

—No, por supuesto... Me interesa hablar con Ernest. Quería formularle unas preguntas con relación a uno de sus personajes del *comic.*

—¿Cuál de ellos?

—*Supersatán.*

—Adelante, Ralph —invitó Lilith Jayston, haciéndose a un lado —. Yo puedo responder a cualquiera de tus preguntas. Soy la guionista. La creadora de *Supersatán.*

Fue Forsythe quien expresó, ahora, marcado estupor.

Penetró en el apartamento..

La muchacha le llevó hasta un acogedor salón con moderno mobiliario, donde predominaba el color blanco y rojo.

—¿Sorprendido, Ralph?

—En efecto. Sólo he tenido ocasión de ver uno de los episodios de *Supersatán.* Su título era *La furia de*

Luzbel. Me pareció espeluznante. No imaginaba que el argumento pudiera ser obra de una mujer.

—¿Era un *comic-book*o *comic-video?*

—*Comic-video.*

Lilith sonrió, divertida.

—El efecto es así más... real. ¿Quieres tomar algo, Ralph? Me iba a preparar un *vodd-vermouth*cuando llamaste...

—Lo mismo. Oye, Lilith... —Forsythe correspondió al tuteo de la

joven—. ¿Todos los argumentos de *Supersatán* te pertenecen? ¿Son obra tuya?

Lilith respondió desde el carro-bar.

—¡Aja! Es mi primer y, por el momento, único personaje. Hace un año, a la muerte de mis padres, Ernest me llamó para que no me sintiera tan sola. Abandoné Nueva York y me instalé aquí. Soy licenciada en Sistemas de Información. Ernest trabaja con los mejores guionistas del país. Yo le sorprendí presentando como protagonista a un antihéroe. A un ser inteligente y poseedor de toda la maldad que puede alcanzar el ser humano. Cruel, sanguinario, ambicioso..., capaz de rivalizar con el mismísimo diablo. *Supersatán.* Ernest se entusiasmó con el personaje. A aquella mente diabólica le proporcionó un físico atractivo. El sindicato solicitó, de inmediato, nuevas aventuras de *Supersatán.* El público aceptó al antihéroe, disfrutando con morboso placer sus sangrientos y monstruosos crímenes.

—¿Cuándo fue publicado por primera vez?

Lilith se aproximó portando dos vasos alabeados.

Se acomodó junto a Forsythe en el sofá.

—Pues... hace aproximadamente un año. Sí..., un año. Apareció a la venta semanas después de la entrega del Oscar del *Comic.*

—¿Qué poderes tiene *Supersatán?*

El color ágata de los ojos de Lilith se hizo más intenso. Parpadeó, abanicando sus largas pestañas.

Fijando la mirada en Forsythe.

—Creí que eras un admirador de *Supersatán.* Tus preguntas son...

—Responde, Lilith —interrumpió Forsythe—. Por favor.

—Bien... *Supersatán* no tiene poderes sobrehumanos, pero sí es distinto a los demás hombres. Su mente, delicada en exclusiva al mal, ejerce un extraño poder psíquico capaz de dominar a sus semejantes. No he querido crear uno de esos manidos superhombres invencibles. El único poder de *Supersatán* radica en su demoníaca mente. Posee todos los vicios del hombre y ninguna de sus virtudes. Hay muchos como él deambulando por el mundo.

—Ejemplar personaje.

Lilith sonrió, respirando con fuerza.

—Es lo que el público desea. Todo evoluciona, Ralph. Hasta en el *comic*. Primero fue el héroe caballeroso, valiente y honrado. Luego los superhombres. Más tarde los poseídos por el diablo en eterna lucha con exorcistas… Ahora es un hombre cuya maldad haría palidecer a Lucifer. ¿Por qué te sorprende? Disfrutamos de avanzada tecnología, hemos conquistado el espacio, placeres programados… Todo parece ya hecho. El hombre se considera un semidiós. Es el momento de sacar a flote nuestros bajos instintos. Los que siempre permanecerán con nosotros.

Forsythe se llevó el vaso a los labios.

También sonrió.

—No eres muy optimista.

—Dominan las circunstancias, Ralph. ¿Por qué crees que, ya vislumbrando el año 2000, todos los Gobiernos del mundo aplican la pena de muerte? Es preciso. La violencia ha adquirido dimensiones escalofriantes. Hay que responder de igual forma.

—La vieja Ley del Taitón… Cuanto más perfecto se considera el hombre, más demuestra su barbarie.

—Si te sirve de consuelo, te diré que a *Supersatán* le quedan pocos meses de vida —comentó Lilith, vaciando el vaso y depositándolo en una cercana mesa—. Ernest y yo lo hemos decidido.

—Creí que gozaba del favor del público.

—Así es. Ocupa el número uno en el *ranking* internacional del *comic;* pero el personaje empieza a dominarnos. Al presentar el guion jamás pasó por mi mente crear una serie con *Supersatán.* Nos obligó el Sindicato. Llevamos un año con él. Ya es suficiente. Ernest es un artista. Con *Supersatán* se ha recreado al máximo. Con una mágica perfección. Le ocupa gran parte de su tiempo y descuida a otros personajes. Es preciso terminar con *Supersatán.* Ya lo hemos decidido y comunicado al Sindicato. Dos episodios más y *Supersatán* desaparecerá para siempre de su mundo de ficción.

—¿Ya están ultimados los guiones? —interrogó Forsythe, con evidente interés.

La joven se reclinó en el sofá.

—No..., aunque tengo trazados varios borradores. Estoy indecisa ante la forma de acabar con *Supersatán.* Debe sufrir un castigo de acorde con sus monstruosos crímenes... ¿o bien su diabólica mente logra escapar a la justicia humana? Todavía no lo he decidido, pero una cosa es segura. *Supersatán* pronto desaparecerá.

Forsythe encendió un cigarrillo.

En silencio.

Ausente.

La muchacha le contemplaba entre risueña e intrigada.

—¿Alguna otra pregunta, Ralph?

—¿Cómo?...¡Ah, no...! Disculpa. Estaba distraído.

—¿Distraído? Más bien preocupado. ¿Ocurre algo relacionado con Ernest o conmigo?

Forsythe dudó.

Su hipótesis, a la vez que absurda, era demasiado espeluznante. Además... ni él mismo sabía con certeza qué le había impulsado a interesarse por *Supersatán.* Un personaje de ficción.

Denegó, con un leve movimiento de cabeza.

—Nada, Lilith.

—¿Por qué ese interés en *Supersatán?*

—Soy un estudioso del *comic.*

La joven rio en alegré carcajada.

—-*Okey.* No haré preguntas que no quieras responder, pero no son justos tu silencio y reserva. Máxime después de contestar a...

—Te estoy muy agradecido, Lilith. Nada más puedo añadir..., aunque sí corresponder a tu amabilidad invitándote a cenar.

La idea pareció complacer a la muchacha.

—¡Acepto!... Me horrorizaba el pasar la velada en solitario.

—¿Compartes el apartamento con tu hermano?

—No. Tengo un *bungalow* en Rossen Hill, pero en ausencia de Ernest debo permanecer aquí. Siempre hay llamadas, o nuevas órdenes del Sindicato. ¿Me disculpas? Vuelvo en unos minutos-.

Fueron seis los minutos de espera.

Cuando Ralph Forsythe se disponía a encender un nuevo cigarrillo, retornó la muchacha.

Seguía con aquel minivestido, aunque ahora protegido por una corta capa negra con forro en rojo. Cerrada al cuello por una cadena de anchas anillas.

—Cuando quieras, Ralph. ¿Has llegado en auto?

—Lo tengo a la puerta.

—¡Perfecto! Ya que invitas tú, yo seleccionaré el lugar.

Ralph Forsythe se dejó contagiar por la alegre risa de la joven.

Necesitaba olvidar, aunque sólo fuera por unas horas, los macabros y enigmáticos acontecimientos del día.

Y Lilith parecía ser la compañía ideal para una agradable velada.

Pero los buenos deseos de Forsythe se iban a truncar.

Aquella velada iba a culminar trágicamente.

***

El *Janus-80* se detuvo suavemente.

Lilith ahogó un suspiro.

—Han sido unas horas maravillosas, Ralph... Te diré, con toda sinceridad, que hacía mucho tiempo que no disfrutaba como hoy.

—Tampoco yo.

Se miraron a los ojos.

Ralph Forsythe se encontró, de pronto, saboreando los gordezuelos labios de la muchacha. Rodeándola con sus brazos. Percibiendo su cálido aliento.

—Ralph…

—No quiero dejarte, Lilith… No quiero quedarme solo. Te necesito…

—No te comprendo, Ralph. ¿Qué te preocupa? ¿A qué temes?

Forsythe besó, una vez más, los entreabiertos labios femeninos.

Sin responder a la pregunta formulada.

—De acuerdo, Ralph… Tomaremos una copa en el apartamento y luego te marchas a casa, ¿conforme?

—Conforme.

Descendieron del auto.

Minutos más tarde uno de los elevadores del edificio les depositaba en la planta octava.

Lilith abrió la puerta del apartamento.

—Voy a cambiarme de ropa, Ralph… Prepara unos combinados y conecta el trivisor. Tal vez en alguno de los boletines informativos se recoja la entrega del Oscar del *comic*.

Mientras que la joven avanzaba por el largo corredor para introducirse en una de las habitaciones, Forsythe acudió al salón.

Accionó los mandos de la pantalla tridimensional.

La imagen surgió al instante.

El locutor resumía los acontecimientos más destacados del día.

Ralph Forsythe procedió a preparar un par de estimulantes *Physic* acentuando las dosis de vodka.

Se acomodó en el sofá, depositando los dos vasos al alcance de la mano.

Encendió un cigarrillo.

Con expresión ausente se dedicó a contemplar el trivisor.

—¿Alguna noticia importante, Ralph?

Forsythe giró la cabeza.

Se disponía a responder, pero quedó con la boca entreabierta.

Mudo de admiración.

Lilith llevaba una sugestiva túnica. Seductoramente audaz. Realzando sus encantos. Acentuando la perfección de su cuerpo.

Cuando Forsythe reaccionó, ya la muchacha se había sentado a su lado.

—¿Han conectado con Los Ángeles? —interrogó Lilith algo nerviosa. Consciente de las volcánicas miradas de Forsythe—. Ya se deben haber entregado los premios.

—No...

—Esperaremos un poco. Tal vez lo hagan en diferido. Es el tercer Oscar que recibe mi hermano. El primero fue por...

La joven se interrumpió bruscamente al sentir los labios de Forsythe sobre los suyos.

Fue entonces cuando la voz del locutor se alteró. Se hizo más grave y tensa.

—¡Atención..., atención...! Una última y trágica noticia nos llega de Los Angeles... Conectamos con Los Ángeles...

Forsythe y Lilith se habían separado para centrar sus miradas en el trivisor.

La imagen del locutor desapareció siendo reemplazada por la popular fachada del teatro de Hollywood.

Había gran expectación.

Hombres y mujeres taponaban las entradas al local.

El rostro de un individuo, micrófono en mano, apareció en primer

plano.

—Norman Rawlings de nuevo con ustedes… y para comunicarles una triste y alucinante noticia. En nuestra anterior conexión les relataba la sorpresa del públicoy miembros del jurado por la demora de Ernest Jayston en acudir a recoger el trofeo. Ahora conocemos la causa. Se acaba de descubrir el cadáver de Ernest Jayston en su habitación del hotel Carson. Decapitado. Como si hubiera sido víctima de *Supersatán,* su cruel y sanguinario personaje…

CAPITULO VII

Ralph Forsythe acompañó a la muchacha hasta la *Estación Vuelo Sub-22.* Desde aquel reducido aeropuerto metropolitano partían continuos vuelos, sin horario determinado, en dirección a todos los estados de la Unión.

Lilith consiguió plaza en un *Douglas* con destino a Los Angeles.

Forsythe permaneció en una de las cúpulas geodésicas destinadas a sala de espera.

El *Douglas,* con motores de turbohélice, despegó verticalmente.

Ralph Forsythe abandonó entonces la *Estación Vuelo.*

Lentamente.

Con cansino andar.

Aún parecía ver el angustiado rostro de Lilith, sus llorosos ojos...

De buen grado la hubiera acompañado hasta Los Angeles, pero debía obedecer la orden de la Brigada de Control Anticrimen. «Terminante prohibición de salir de la ciudad.»

Forsythe llegó ante su estacionado *Janus-80* iniciando el regreso hacia el centro urbano.

Encendió un cigarrillo.

Con visible nerviosismo.

Ralph Forsythe, el hombre que había pasado por múltiples y minuciosas pruebas para ser seleccionado por la NASA, estaba temblando.

¿Miedo?

Sí.

Tal vez fuera miedo. Un pavoroso terror a todos aquellos alucinantes sucesos. Ahora estaba convencido de que guardaban relación con él. Con lo ocurrido en el *Hovel-1*... y con *Supersatán.*

Forsythe sacudió la cabeza.

Como queriendo alejar aquellos pensamientos.

El trayecto le resultó corto. Sin apenas darse cuenta se encontró en el *parking* privado del 797 de Barby Street.

Descendió del vehículo.

Estaba cansado. Y no por lo avanzado de la noche. El día había sido largo. Pródigo en escalofriantes emociones.

Ralph Forsythe abandonó (el elevador recorriendo uno de los pasillos de la planta doce.

Penetró en su apartamento acudiendo directamente al salón. Deseando conocer más datos del asesinato de Ernest Jayston. No conectó el trivisor. Contaba con un medio de información más eficaz.

Una máquina facsimilar que, por conducto de señales electrónicas, recibía y grababa exclusivamente las noticias másimportantesal momentode producirse. En la pantalla fueron apareciendo las líneas a fantástica velocidad.

Forsythe permaneció atento al aparato.

Minutos más tarde lo desconectó.

Ninguna noticia relacionada con la muerte del famoso dibujante.

Ralph Forsythe acudió al tubo-bar para servirse unlargo vaso de whisky. Lo necesitaba. Cuando se disponía a echar el hielo, sonó la voz.

—Yo lo tomaré solo, Ralph. Sin soda ni hielo.

Forsythe giró con rapidez.

Sobresaltado por aquella súbita voz.

La sangre pareció escapar del rostro de Forsythe. Palideció, cadavérico. Parpadeando una y otra vez. Incrédulo. Con las facciones desencajadas en una mueca de estupor.

Allí, frente a él, estaba su doble.

Era como contemplarse en un espejo.

—¿Quién... quién eres?

—Un fantasma.

Ralph Forsythe tragó saliva con dificultad.

A su frente asomaron diminutas gotas de sudor.

—No creo en fantasmas...

Su interlocutor rió con estridente carcajada.

—¿De veras? Yo soy tu fantasma, Ralph. Pronto lo comprobarás. En el Carson Hotel de Los Angeles también he dejado infinidad de huellas. Tus huellas, Ralph, Me he permitido matar a Ernest Jayston con una automática de afeitar.

Ralph Forsythe sintió vacilar sus piernas.

—Mientes... si fueras el asesino de Jayston no estarías ahora aquí... El crimen ocurrió en Los Angeles.

—El tiempo no existe para mí, Ralph.

—¡Maldita sea!... ¿Quién diablos eres?... Aunque no importa... ¡Voy a acabar contigo, engendro de...!

Forsythe hizo ademán de abalanzarse sobre su sosias, pero súbitamente se llevó ambas manos a las sienes cayendo de rodillas. Dominado por un lacerante dolor en el cerebro.

Le llegó la lejana risa del individuo.

—No puedes hacerme nada, Ralph... No lo vuelvasa intentar. La próxima vez te haré estallar la cabeza. ¿De acuerdo?

Forsythe, presa de intenso dolor, asintió.

Las torturantes punzadas en el cerebro cesaron.

Se incorporó torpemente.

—¿Quién eres?...

—Sí, Ralph. Mereces una respuesta. Ya nos conocemos. Nos encontramos por primera vez en el *Hovel-1,* ¿recuerdas? Tú estabas en el Módulo de Servicio... y yo vagaba por el hiperespacio, en un

deambular de millones y millones de siglos. Fue una suerte encontrarnos. Al menos para mí.

—¿Aquella… aquella esfera…?

—Correcto, Ralph; pero no era una esfera. Simplemente un foco de luz. No sé cómo definirme para que tu inteligencia lo comprenda. Los terrestres, pese a vuestra estúpida suficiencia, sois ignorantes. Puedes catalogarme como un… un perispíritu perteneciente a una galaxia distinta a la vuestra.

—¿Perispíritu?

—Es una comparación que se aproxima a la realidad. Para vosotros el hombre está formado por dos elementos básicos. Alma inmaterial y cuerpo físico. Yo, y mis hermanos, contamos con un cuerpo denominado perispíritu. Este es etéreo, energético…

—Todo esto huele a espiritismo,

—¿No crees en él, Ralph?

Forsythe sonrió.

Duramente.

Más seguro de sí.

—Se trata de una farsa. El espiritismo es o ha sido hasta la fecha un modo de explotar a las gentes crédulas. Nada tiene que ver con el hecho de que ciertossucesosparanormalesjamásseráncomprendidos por la ciencia.

—Puedes considerarme uno de estos sucesos. Yo era un ser etéreo. Procedente de una galaxia donde criaturas como yo, intangibles y abstractas, vagan errantes. Sin encontrar acomodo. Algunos de mis compañeros, cansados de ese eterno deambular, se materializaron adoptando la forma de una roca, un arbusto.;. No existen seres inteligentes. Otros, yo entre ellos, nos arriesgamos a dejar aquella conocida y muerta galaxia para iniciar un peregrinar de siglos. Llegué a vuestra denominada Vía Láctea. Iba hacia la Tierra y descubrí el *Hovel-1*. Quiso el destino que tú fueras el elegido, Ralph.

—No comprendo…

—Sí lo comprendes, pero te da miedo la verdad. Mi fluido etéreo

se materializó en ti, aunque con resultado insospechado. Eres un ser viviente poseedor de inteligencia. Hubo un... rechazo. No logré apoderarme por completo de ti. Surgió un sosias, que sólo captó los pensamientos que ocupaban tú mente en aquel preciso instante. ¿Lo recuerdas? Tu mente estaba ocupada por *Supersatán.* Y yo me convertí en ese personaje de ficción. Mi invisible constitución astral se materializó durante tu estancia en el Lynley Center. Somos idénticos, Ralph. Como dos gotas, de agua. Pero yo soy *Supersatán.* Pienso y actúo como él. Poseo sus poderes...

—No es posible... ¡No puede ser cierto!... ¡Todo este absurdo no puede ser verdad!

—Como *Supersatán,* mis poderes psíquicos son ilimitados, Ralph. He dejado de ser un perispíritu errante e inmaterial... de mi anterior estado sólo guardo la invisible irradiación cósmica que acentúa mis poderes. Al estar dominado por el personaje de *Supersatán* me heconvertido en un genio del mal... en un monstruo de maldad...

Forsythe retrocedió.

Instintivamente.

De nuevo el terror a lo desconocido y sobrenatural se apoderó de él.

Sus labios balbucearon.

—Todo esto es increíble... fantástico... diabólico... Si es cierto, resulta incomprensible para mí, pero sí sé una cosa. Es preciso aniquilarte. Eres una amenaza...

El siniestro doble rió en estruendosa carcajada.

Gutural.

Ronca...

—¿De veras? Aún no me conoces bien. Voy a establecer contacto telepático con mis compañeros, que vagan por el hiperespacio. Ya lo he intentado, aunque sin recibir respuesta. Cuando consiga el contacto les señalaré el lugar ideal para refugiarse. La Tierra. Son infinitos los entes de mi especie que desean materializarse en seres vivos. Nos adueñaremos del planeta. ,

—Antes terminaré contigo. Ahora te has convertido en un ser

mortal, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Entonces puedes considerarte con las horas contadas.

—Nadie conseguirá acabar con *Supersatán.* ¡Yo soy *Supersatán!* ¡Ese es mi nombre! Aunque... sí corro peligro. Tú eres mi enemigo, Ralph. Mi más peligroso enemigo. Sólo tú puedes eliminarme.

—¡Una simple bala entre los ojos te enviará al infierno! —masculló Forsythe con dura voz.

*Supersatán*rió.

—Lo sé, pero mis poderes psíquicos impedirán que se apriete el gatillo. Sólo tu muerte acabaría conmigo.

El rostro de Forsythe volvió a reflejar profundo estupor.

Parpadeó.

—¿Mi muerte?

—Me puedes considerar un duplicado, Ralph. Un perfecto sosias. Si desaparece el original... también yo dejaría de existir. Todo por ese lamentable rechazo del *Hovel-1.* De no haber ocurrido, no se hubiera ocasionado la duplicidad. Yo sería Ralph Forsythe. Un hombre inteligente, admirado, honorable... Sólo soy *Supersatán.* Me he apoderado de tu cuerpo, pero mi mente está destinada a sembrar el mal... Aunque espero solucionar este pequeño problema. No quiero depender de ti.

—Estoy pensando...

—Puedo leer tus pensamientos —interrumpió el diabólico ser—. No lo intentes. Nada adelantarás con atacarme.

—Acabar contigo.

—Ni tan siquiera llegarías a tocarme. Hasta pronto, Ralph. Me voy. Tengo mucho trabajo por hacer.

Forsythe se dejó caer en el sofá.

Con parsimoniosos movimientos extrajo la cajetilla de tabaco procediendo a encender un cigarrillo.

Ya sin ningún temblor en sus manos.

—Hasta pronto…, *Supersatán.* Has sido un estúpido. Con las muertes de Margaret Crawford y Ernest Jayston te has sentenciado. Has dejado mis huellas. Nuestras huellas. Yo soy un hombre vulgar. Sin superpoderes. La Brigada de Control Anticrimen cursará la orden de captura. Te cazarán. No habrá lugar seguro para ti. ¿Por qué has tenido que matar? ¿Por qué precisamente a Margaret? ¿Por qué a Ernest Jayston? ¿Qué has conseguido con eso?

El sosias no respondió.

Sus ojos, de un brillo infrahumano y metálico, se posaron inquisidores en Forsythe.

Movió la cabeza de un lado a otro.

Lentamente.

—Jamás lo sabrás, Ralph.

Forsythe se encogió de hombros.

Con fría sonrisa.

—No importa. Te castigarán por esos crímenes, *Supersatán.* Tienes plaza segura en la silla eléctrica.

—¿Y quién se sentará en ella, Ralph? ¿Tú o yo? La BCA busca a Ralph Forsythe… ¿No eres tú Ralph Forsythe?

—¡Maldito engendro!…

Forsythe se incorporó de acrobático salto.

Dominado por ciega ira.

Sin pensar en lo suicida de su reacción.

Súbitamente sintió como un fogonazo. Como si una potente llamarada quemara sus ojos.

Cayó al suelo.

Envuelto en tinieblas.

Al abrir de nuevo los ojos, se encontró solo en el salón.

Su endemoniado doble había desaparecido.

Ralph Forsythe, por unos instantes, creyó haber soñado aquella fantasmagórica visión. Que todo había sido una alucinante pesadilla. Que no podía ser cierto todo aquello.

Reaccionó.

Sí.

Lo irreal, lo desconocido, lo espectral... Todo aquello, aunque incomprensible, existía.

Y era preciso combatirlo.

CAPITULO VIII

Gene Campbell sonrió.

—Fantástico... En verdad fantástico, Forsythe. Me recuerdan las novelas de ciencia-ficción de mi juventud. Actualmente es un género literario destinado a desaparecer. La tecnología alcanzada por el hombre lo ha desterrado. Ya no hay lugar para la ficción.

Ralph Forsythe se inclinó para aplastar el cigarrillo en el cenicero. Fijó su mirada en el teniente Campbell. Sin alterar sus facciones.

—No me cree, ¿verdad?

—Yo soy un pobre ignorante, Forsythe. Con estudios superiores muy limitados. Cedo la palabra al ilustre biólogo. ¿Qué dice usted, Crawford?

Richard Crawford estaba junto al ventanal. Permanecía en pie. Con el rostro sombrío. Giró para aproximarse a la mesa escritorio.

—Entra en lo posible.

El teniente de la BCA arqueó las cejas.

Paulatinamente borró la sonrisa de sus labios.

—¿En lo posible?... ¡Maldita sea, Crawford! ¡Es precisamente lo imposible y absurdo quien domina la historia de Forsythe! Un... un... perispíritu intergaláctico que...

—Se comparó con un perispíritu, pero se trata de un ente desconocido para nosotros. De una extraña psiquis capaz de materializarse al adueñarse de un cuerpo humano.

—¡Al diablo con eso, Crawford!

Forsythe intervino de nuevo.

Con firme voz:

—Un momento, teniente. Si no accede a escucharnos solicitaré de sus superiores la presencia de un técnico de la BCA.

—¿Técnico en qué? ¿En supercherías?… Está bien, Forsythe. Les prestaré toda mi atención… y paciencia. Siga hablando, doctor.

—Gracias. Aún desconocemos muchos fenómenos, Campbell. Cierto que nos vanagloriamos de una cultura empírica, pragmática, hedonista… Poseemos espeluznantes medios de destrucción masiva; utilizamos familiarmente los *láseres, máseres, la criogenia…* Nos consideramos perfectos. Superhombres. Y ahora, cuando algo nos sorprende y aturde, lo tildamos de embuste o superchería.

—Yo no creo en espíritus que viajan por el espacio y se materializan.

—No sea tan tajante, teniente. No podemos refutar que puedan producirse casos de materialización. Nuestro enemigo, ente inmaterial, psiquis o extraña sustancia, ha ocasionado una duplicidad… un sosias perfecto de Ralph Forsythe; pero con una mente dedicada al mal y con temibles poderes psíquicos.

El teniente Campbell se reclinó cansinamente en el sillón giratorio de su despacho.

Procedió a un leve masaje en las sienes.

—De acuerdo… Demos crédito a este absurdo… ¿Qué se puede hacer? ¿Orden de captura contra *Supersatán?*

—Muy irónico, Campbell. Irónico… y certero. Eso debe hacer. Orden de captura contra *Supersatán,* que se oculta bajo la apariencia física de Ralph Forsythe.

—¿Y cómo distinguir al verdadero Forsythe de su sosias?

—Eso es sencillo, teniente. Puede proporcionarle un distintivo, una credencial… algo que pueda ser controlado, y visible para sus agentes.

—Lo consultaré con los muchachos del laboratorio… ¿Me disculpan unos minutos?

Campbell se incorporó.

Antes de que abandonara el despacho sonó la voz de Ralph Forsythe.

—Gracias por ceder, teniente.

—No me lo agradezca, Forsythe —replicó Campbell, con voz carente de inflexión—. Sigo sin creer una sola palabra de esta historia.

—¿Entonces...?

—¿Me queda alguna otra salida? Se ha presentado voluntariamente en compañía del doctor Crawford. Para comunicarme que se encontrarían sus huellas en el Car-son Hotel de Los Angeles. Que aparecería como culpable de la muerte de Ernest Jayston. Ya sabía eso, Forsythe. A primeras horas del día de hoy ya estaba al corriente de todos los pormenores del caso. Aplastantes pruebas contra Ralph Forsythe y, nuevamente, contrarrestadas por una magnífica coartada.

—No he mencionado coartada alguna, teniente.

—Lilith Jayston lo ha hecho por usted —dijo Gene Campbell, abriendo la puerta del despacho—. Ya ha regresado de Los Angeles y firmado su declaración. Ernest Jayston fue asesinado a las dieciocho horas y cincuenta minutos. A esa misma hora, Ralph Forsythe paseabacon Lilith Jayston por las calles de San Francisco. ¿Comprende ahora, Forsythe? Nada puedo hacer! La única solución... ¡perseguir a un espectro!

***

Se encontraban en el apartamento de Lilith.

Forsythe y Crawford consultaban unas láminas. Unos dibujos del malogrado Ernest Jayston.

—Casi estoy por dar la razón al teniente Campbell... ¡Resulta todo tan absurdo!

—No soñé esa conversación con... con *Supersatán* —replicó Forsythe, secamente—. Todo fue real.

—Lo sé, lo sé...

—¿Qué esperas conseguir estudiando estos dibujos, Richard? ¿Pueden ayudarnos en algo?

Crawford terminó la taza de café.

Se pasó el dorso de la mano por los humedecidos labios.

—Lo ignoro. Tu sosias es *Supersatán.* Se comporta como ese maligno personaje, tiene sus mismos poderes, aunque fáciles de combatir. Ya te he inyectado una dosis de *Clomphom.* Es algo más que una droga antihipnosis. Rechaza todos los poderes psíquicos de una mente superior. Estoy seguro de que tu doble entrará de nuevo en contacto contigo.

Lilith apareció en el salón.

Portando más café.

Se acomodó frente a los dos hombres.

—¿Han llegado a alguna conclusión?

Richard Crawford contempló fijamente a la muchacha.

El rostro de Lilith delataba el sufrimiento de las últimas horas.

—No, señorita Jayston. No podemos basarnos más que en hipótesis e incongruencias.

—Sí… La historia que me han contado es realmente fantástica.

—¿Cuándo decidieron terminar con el personaje de *Supersatán?*

—Hace unos meses. Estos son los originales que se iban a mandar al Sindicato. Se puede decir que es la penúltima aventura de *Supersatán* y… ¡Oh, Dios mío!… ¿Por qué? ¿Por qué han matado a Ernest? .

Richard Crawford se sirvió la enésima taza de café.

Las arrugas de su rostro se acentuaron.

—Esa es una pregunta que me inquieta… ¿Por qué matar a Margaret y a Ernest Jayston?… ¿Por qué precisamente a ellos?

—Tengo una teoría .. ya dentro del terreno de lo irreal —intervino Forsythe—. Si Ernest Jayston se disponía a terminar con su personaje, ¿no significaría, también, el fin de mi doble?

Crawford quedó en silencio.

Como sopesando aquella posibilidad.

—No lo creo... *Supersatán* ya no es un personaje del *comic*... tiene forma humana, aunque también es posible que... ¡Maldita sea! ¡Nos vamos a volver locos!

—El comportamiento de mi sosias es extraño... Aseguró que mi muerte significaría también la suya, pero había algo más. Sé que temía alguna otra circunstancia.

Richard Crawford se incorporó tras consultar su reloj.

—Debo irme al Lynley Center... Escucha con atención, Ralph. Si la BCA no lo localiza, se presentará ante ti. No pierdas el tiempo en palabras. Lleva .siempre contigo tu revólver y le vacías el cargador en la cabeza. Es la mejor solución. Si consigue establecer contactocon los de su especie, no doy un centavo por nuestro futuro.

—Si ya es un simple mortal..., ¿cómo puede entrar en contacto con seres de otra galaxia?

—Ha gastado gran parte de su primitivo fluido en materializarse. El poco que le quede, al contacto con seres y objetos terrestres, se estará debilitando y tendiendo a desaparecer. De ahí que cuanto antes terminemos con ese monstruo, tanto mejor.

Lilith acompañó al biólogo hasta el *living* para despedirle.

Retornó al salón.

Sin pronunciar palabra, la muchacha corrió a refugiarse en los brazos de Forsythe.

Sollozando amargamente.

—Fue horrible, Ralph..., me hicieron identificar el cadáver de Ernest... Yo fui la creadora de ese diabólico personaje... yo...

—Cálmate, pequeña. De nada tienes que culparte. Esto es una pesadilla. Una alucinante pesadilla de la que pronto despertaremos...

—¿Cómo, Ralph? —interrogó Lilith, con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo combatirle?

Las facciones de Forsythe se endurecieron.

Paulatinamente asomó a sus labios una sonrisa.

Una fría mueca.

—Creo…, creo que ya tengo la solución… Sí… Ahora lo comprendo… Necesito tu ayuda, Lilith.

—¿Mi ayuda?

—Sí, Lilith. Tú vas a servir de cebo a *Supersatán.*

CAPITULO IX

Supersatán.

Sí.

El era *Supersatán.*

Poco importaba su duplicidad con Ralph Forsythe. El poseer el mismo cuerpo. Sus cerebros eran diferentes.

Totalmente.

El de *Supersatán* estaba al servicio del mal, de la violencia, de los más bajos instintos...

Un monstruo de ficción, ahora convertido en alucinante realidad.

—Tengo mi apartamento a un par de manzanas de aquí, querido...

Los ojos de *Supersatán* brillaron en la penumbra del local. Fijos en la mujer sentada a su lado.

Sonrió.

—¿Un apartamento para ti sola, Sheila?

Sheila tenía veinticinco años de edad. Hacía tan sólo un par de años, se disponía a contraer matrimonio con el heredero de la Ryan Company. Le fue a despedir al aeropuerto internacional de Nueva York. El ciclópeo *Douglas-Mach 3* no pudo hacer gala de su velocidad, tres veces superior a la del sonido. Ni tan siquiera logró despegar de la pista. Estalló, convirtiendo el aeropuertoen una sucursal del infierno. Trescientos muertos e infinidad de heridos. Ni uno solo de los pasajeros del *Douglas* escapó con vida. Una organización terrorista se autoacusó del atentado.

Sheila vivió todo aquel infierno y quiso olvidar con ayuda de las drogas. Se fue degradando paulatinamente. Ahora, en San Francisco y dos años después de la tragedia, aún no había conseguido olvidar la espeluznante masacre del aeropuerto internacional de Nueva York.

Ya estaba en los últimos peldaños.

En el fango.

Sin la menor esperanza de ser rescatada.

—Sí, amor.

—¿No lo compartes con alguna compañera o...?

—No.

Supersatán volvió a sonreír.

Ya había encontrado refugio seguro. Un lugar donde madurar sus inmediatos planes de acción.

—¿Estás vinculada a este tugurio?

—¡Oh, no...! Soy libre como un pájaro. Podemos irnos cuando quieras. No tengo que rendir cuentas a nadie.

La respuesta complació a *Supersatán.*

Nadie echaría en falta a la mujer.

Abandonaron el *nigth-club.*

—Aún no sé tu nombre, querido...

—Puedes llamarme John. John Smith.

—¿John Smith? —rio Sheila con falsa alegría—. ¡Qué original!

—Sí..., yo soy un tipo muy original.

La mujer se estremeció.

Instintivamente.

Sin conocer la causa.

Tal vez la humedad de la noche. La neblina de la bahía se dejaba sentir con intensidad.

Y Sheila iba muy ligera de ropa.

La mujer se detuvo frente a un edificio de doce plantas. De fachada ya renegrida.

—Aquí es… La casa no tiene buen aspecto, pero el apartamento sí es confortable. Te gustará. Sígueme, Johnny.

Penetraron en el elevador.

Sheila, después de pulsar el mando correspondiente a la planta octava, echó los brazos al cuello de su *Supersatán.* Ofreciendo sus carnosos labios.

Supersatán besó aquellos labios.

El ascensor se detuvo.

Sheila, una vez libre de los brazos del hombre, se tambaleó. Por un insta ate creyó haberse librado de las zarpas de un gorila.

No se atrevió a articular palabra.

Pero ya estaba arrepentida de haber seleccionado a aquel individuo.

Segundos más tarde abría una de las puertas del corredor.

El apartamento, aunque de mobiliario reducido, resultaba en efecto acogedor. Contaba con unidades termoeléctricas acondicionadoras de aire e incluso en el salón se veía un trivisor mural de pantalla gigante.

—¿Quieres cenar algo, Johnny? Tengo alimentos deshidratados en el refrigerador.

—No.

—Entonces puedes preparar unas copas. Regreso en unos minutos.

La mujer abandonó el salón.

Supersatán quedó inmóvil en el centro de la estancia. No hizo ademán de aproximarse al mueble-bar.

Entornó los ojos.

Pensativo.

Tenía que actuar.

Antes de que perdiera todo su fluido cósmico perteneciente a su

anterior estado. Aún quedaba algo de aquellos extraordinarios poderes poseídos antes de materializarse. Pronto los perdería por completo.

Ya actuaba y pensaba como humano.

Su nueva faceta dominaba sobre la anterior. Ya no era la etérea criatura intergaláctica. La reducida irradiación supracósmica que todavía manaba de él, debía ser aprovechada.

En beneficio de *Supersatán.*

No gastaría ese fluido en llamar supertelepáticamente a sus viejos compañeros. Ya no sentía nada por ellos. Ya no pertenecía a aquellas inmateriales especies de perispíritus errantes.

Era un ser humano.

Corpóreo.

Actuaría como tal.

No había elegido aquella demoníaca mente, pero tampoco se lamentaba. *Supersatán* poco se distinguía de los demás mortales. En todos los terrestres anidaba la ambición, la maldad, el rencor…

Obraría en consecuencia.

Con todos los triunfos en la mano.

De seguro haría desaparecer los ya tenues poderes de su anterior naturaleza, pero se vería recompensado con creces. Disfrutaría largamente, como el más afortunado de los mortales.

—¿No has preparado nada, Johnny? Estoy bien surtida. Whisky, brandy, ron, vodka, ginebra, colas…

Supersatán giró la cabeza.

Sheila había retornado al salón.

Sí.

No mentía.

Estaba bien surtida.

Aquel sucinto kimono, su única prenda, lo ponía de manifiesto.

—Estaba pensando...

—¿En mí, Johnny?

Supersatán rió.

En estridente carcajada.

—En el Chase California Bank. Uno de los Bancos más importantes de Estados Unidos.

—¿Es ahí donde guardas tus ahorros?

—No, nena.., es ahí de donde voy a sacarlos. Vaciaré la cámara principal. Me llevaré millones de dólares...

Sheila también rió, divertida.

Coreando lo que creía una broma.

—Cierto que el Chase California Bank es uno de los más importantes, pero, a la vez, uno de los más vigilados y con insalvables controles de seguridad.

—Los burlaré. Ya te he dicho que soy un tipo muy original.

—Demuéstramelo... —murmuró Sheila, con voz mimosa.

Supersatán se aproximó a la mujer.

Sin cesar de reír.

Poco más tarde, cuando Sheila cruzaba las fronteras hacia el más allá, aún resonaba lagutural y espeluznante risa de *Supersatán.*

CAPITULO X

Ralph Forsythe arrojó el cigarrillo.

Irritado.

—¡Estaba seguro, Richard!... ¡Convencido de mi hipótesis!... El muy maldito no se presentó. Permanecí en el apartamento de Lilith día y noche. ¡Esperándole!

Richard Crawford aún lucía una bata sobre el pijama. La visita de Forsythe le había levantado de la cama.

Le escuchó con atención.

—Comparto por completo tu hipótesis, Ralph... Explicaría las muertes de Margaret y Ernest Jayston.

—¡Seguro! Ese maldito sosias está doblegado a mí... una idea fija en mi mente es de inmediato llevada a cabo por él. La víspera a mi salida del Lynley Center me obsesionaba al ver de nuevo a Margaret. ¡Y ese bastardo se presentó en su apartamento, aunque con los sangrientos instintos de *Supersatán!* Ya en camino a San Francisco decidí pasar por el Banco donde trabajaba mi amigo Henry Silvers, saludarle, y retirar diez mil dólares. Aposté a que llegaría a tiempo al Eggar Building. Esa era mi idea. Y ese demoníaco doble se me adelantó. Luego está ló de Ernest Jayston. Creí que él me aclararía algo el problema al hablarme de su famoso personaje del *comic.* Yo fui a su domicilio; peromi sosias hizo gala de sus extraños poderes. Sabía que Ernest Jayston estaba en Los Angeles. Y se presentó allí dándole muerte.

Crawford movió afirmativamente la cabeza.

—Cierto... Encaja a la perfección en este alucinante rompecabezas, aunque hay un punto discordante.

—Sé lo que vas a decir —murmuró Forsythe con amarga mueca —. Que pude centrar mi mente en que *Supersatán* se arrojara desde el último piso del descomunal Morse Boulding.

—Te hubiera obedecido... si tú quisieras en verdad suicidarte.

—Ayer decidí comprobar mi hipótesis. Me concentré en el deseo

de cenar con Lilith en su, apartamento. Esa fue la idea que ocupó mi mente. Sin apartarla un solo instante del pensamiento.

—Y *Supersatán* no acudió en busca de Lilith.

—No... No acudió —suspiró Forsythe, dejándose caer en el sofá semicircular—. Fue un fracaso.

—Ya no está bajo el control de tu mente, Ralph. Ya no es la extraña criatura inmaterial que vagaba por el espacio. Ahora tiene forma humana. Si en principio te obedeció fue porque aún quedaban en él irradiaciones de su primitiva existencia. De haberlo sabido, hubiéramos actuado en consecuencia. Aunque... tenemos una posibilidad.

—¿Cuál?

—El *Clomphom* inyectado. Te aísla de todo poder extrasensorial. Puede que fuera la causa de que *Supersatán* no captara tus... llamadas.

Un fugaz brillo esperanzador asomó a los ojos de Forsythe.

Sonrió.

—¿Cuándo cesan los efectos del *Clomphom?*

—Veinticuatro horas. Ya han desaparecido.

—¡Podemos intentarlo, Richard!

—Por supuesto, muchacho. Luchamos contra lo desconocido y es preciso aceptar cualquier posibilidad. Por remota o absurda que parezca. Lo vamos a hacer a conciencia. No es suficiente con esforzarte en un deseo. Debes sentirlo realmente para que surja efecto. Así engañaremos a *Supersatán.* Te hipnotizaré. Ahora vamos a...

El llamador de entrada sonó en el apartamento.

Forsythe y Crawford intercambiaron una mirada.

—¿Quién diablos...?

—Yo iré a abrir, Richard.

Ralph Forsythe retornó a los pocos minutos.

Acompañado de Gene Campbell.

El rostro del teniente de la Brigada de Control Anticrimen no presagiaba nada bueno.

Aun consciente de ese detalle, Richard Crawford le dirigió una cordial sonrisa.

—Celebro verle, Campbell. En este preciso instante nos disponíamos a ultimar…

—¡Voy a poner fin a esto, Crawford! ¡De una condenada vez! —interrumpió bruscamente el teniente—. ¡Se acabó! ¡Ya se ha ido demasiado lejos!

—¿Quésignifica…?

Ralph Forsythe respondió por el teniente de la BCA.

—El teniente fue a mi apartamento para detenerme, Richard. Ahora ya no se me acusa de un nuevo asesinato. Mis huellas han aparecido en la cámara especial del Chase California Bank. Un espectacular robo. Han desaparecido, entre billetes y lingotes de oro, alrededor de los quinientos millones de dólares.

***

Richard Crawford mesó sus cabellos.

Tras parpadear repetidamente, fijó sus ojos de miope en el alterado rostro de Campbell.

—¿Asegura que no funcionó ninguno de los sistemas electrónicos de alarma? ¿Ningún *ojo mágico* detectó la presencia del intruso?

—Eso he dicho.

—¿Y los agentesdevigilancia?¿Tampoco…?

—¡No, maldita sea! —exclamó el teniente Campbell, estrellando su puño derecho contra la mesa—. ¡Nadie vio nada! Y la combinación de la cámara especial, que ni la más perfecta computadora lograría hallar en siglos, fue franqueada!

—Sin añadir que para llevarse semejante cantidad de oro y billetes se necesitarían varios nombres, tiempo, medio de transporte...

—¡Sí, lo sé!

—¿Y con todo eso, aún mantiene su decisión de detener a Ralph Forsythe? ¿Acaso pudo realizar el robo? ¿De qué forma?

El teniente de la BCA jadeó.

Entre irritado y cansado.

—Oiga, Crawford... Ya no dudo de la existencia de eso..., de ese sosias de Ralph Forsythe con extraordinarios poderes. Sé que debemos darle caza y, para evitar más complicaciones, el *auténtico* Ralph Forsythe permanecerá en una de las salas de seguridad de la BCA.

Forsythe, que guardaba silencio, intervino extendiendo su mano derecha en dirección al teniente.

—¿Y este anillo-control? Me fue proporcionado por sus técnicos. Pueden detectarme en todo instante. Con él pueden también distinguirme de *Supersatán*.

—¡No le llame *Supersatán!*... ¡Todo esto es ridículo!

—Pues así debe aceptarlo, teniente. Nos enfrentamos a lo absurdo, lo desconocido, lo espectral... Cuando llegó, el doctor Crawford y yo habíamos llegado a una decisión. Tenemos un plan para capturar a *Supersatán*.

—¿De verdad?... Correcto. Lo llevaremos a la práctica, pero eso nada cambia la situación. Usted quedará en una de las salas de seguridad.

Ralph Forsythe encendió un cigarrillo.

Sonrió.

Fríamente.

—Yo soy la pieza clave de ese plan, teniente. Sin mí fracasaría. Voy a establecer contacto con mi sosias. Le obligaré a acudir a un lugar determinado. Un lugar que estará controlado por infinidad de agentes de la BCA. Usted se ocupará de ello.

—¿Cómo piensa conseguirlo?

—¿Da su conformidad?

El teniente de la BCA dirigió miradas alternativas a Forsythe y Crawford.

Terminó por encogerse de hombros.

Con cansina sonrisa.

—Asesinatos, robo en el inaccesible Chase California Bank, un botín de quinientos millones de dólares... Por supuesto que acepto el más descabellado plan. ¡Cualquiera que pueda poner fin a esta pesadilla! Desde Washington ya empiezan a pedir mi cabeza.

—No fracasaremos, teniente —afirmó Forsythe, con dura voz—. Conocemos algunos puntos débiles de... de *Supersatán* y vamos a derribarle. ¿Cuántos hombres ha dedicado a su búsqueda?

Gene Campbell hizo un amplio gesto con las manos.

—Cientos de ellos. De la Brigada de Control Anticrimen, de la Especial Metropolitan Police, del GrupoAnticaos... Con los más modernos sistemas de localización. La fotografía de Ralph Forsythe está grabada en la mente de todos los agentes. De ahí que para facilitar la labor de mis hombres había decidido recluir al verdadero Forsythe en...

—Olvide eso. *Supersatán* debe haber encontrado refugio. Un lugar seguro. Sabe que toda la policía está tras él. Le vamos a obligar a salir de su madriguera. Escuche con atención, teniente...

CAPITULO XI

El sol empezaba a declinar.

Valle del Paraíso era uno de los pocos lugares cercanos a San Francisco donde aún se podía admirar las bellezas de la naturaleza. Un verde valle surcado por riachuelos y cascadas no artificiales.

Lo triste es que nadie podía pisar aquella zona sin permiso estatal.

Estaba cuidadosamente protegida para evitar su destrucción. Muy pocas casas y, tan diseminadas, que parecían inexistentes.

El *bungalow* se hallaba situado casi al borde de un profundo barranco. Imposible bajar por allí sin riesgo de perder la vida. Un sendero conducía hasta la misma entrada de la vivienda.

Un *Janus-80* en la explanada.

El único vehículo.

El único vehículo visible.

Sólo uno de los ventanales del *bungalow* aparecía iluminado. El correspondiente al salón. Una amplia estancia, de mobiliario y decoración ultramoderna. Con los máximos adelantos en aparatos domésticos y en electroluminiscencia.

Ralph Forsythe yacía en el largo sofá.

Inmóvil.

Con los ojos en blanco.

Paulatinamente comenzó a mover los dedos de las manos. También parpadeó. Su rostro perdió rigidez.

Se incorporó.

Su primera acción fue llevarse a la boca la diminuta píldora depositada sobre la multimesa.

La sesión de hipnotismo a distancia había concluido. El doctor Crawford le había ordenado despertar.

Ahora sólo tenía que esperar la llegada de *Supersatán.*

Ralph Forsythe, con la píldora*Clomphom,* le haría frente.

También contaba con la colaboración de su potente revólver. Un «Fireball-X» capaz de cincuenta disparos. Proyectiles esféricos más destructores que la antiguas balas *dum-dum.*

Esperar.

Ralph Forsythe esbozó una fría sonrisa.

Estaba seguro de que *Supersatán* acudiría.

Fijó su mirada en el ventanal, pero no para contemplar el maravilloso atardecer. Interiormente admiró la gran destreza y preparación de los hombres del teniente Campbell.

Estaban allí.

A unas trescientas yardas de la casa. Con armas y vehículos ligeros. Pero ni el más sagaz observador lograría descubrirlos.

Cuando *Supersatán,* obligado por la *llamada* de Ralph Forsythe, se aproximara al *bungalow,* no lograría escapar con vida.

Forsythe encendió un cigarrillo.

Lo consumió sin apartarse del ventanal. Fue al girar para aproximarse a la multimesa cuando se percató de que no estaba solo.

Allí estaba su doble.

Sí.

Supersatán.

Sonriéndole, cómodamente sentado en el sofá. Jugueteando con la mortífera «Fireball-X».

—¡Hola, Ralph...! Me has llamado, ¿verdad? Querías verme. Ese era tu deseo. Aquí estoy.

Ralph Forsythe, tras unos instantes de estupor, reaccionó.

—Sí... He descubierto tu punto débil... el que trataste de ocultarme... De haberlo descubierto antes ya estarías muerto.

—Ahora ya es tarde, Ralph.

—No del todo. Estás aquí. Has obedecido a mi llamada. Al mandato de mi mente. Estás subordinado a mí.

—Estaba —recalcó *Supersatán* con sonrisa de suficiencia—. Dominabas mientras quedara en mí irradiaciones de mi anterior estado. Acabo de gastar, en este momento, mi último fluido. Ya nada me une al... perispíritu errante del pasado. Soy un hombre. Un mortal como tú. Ya no ejerces ningún poder sobre mí. Te he obedecido por última vez.

—Seguro. Has dicho una gran verdad. Agentes de la BCA están al llegar. Te quedan pocos minutos de vida, engendro del infierno.

Supersatán rió en estridente carcajada.

—¿Me consideras tan torpe? ¿Sabes en qué he gastado mi último fluido? Ayer cometí un fabuloso robo en el Chase California Bank. Me presenté en el interior de la cámara especial. Teleportación. Por igual medio trasladé el botín a lugar seguro. Un apartamento que comparto con una tal Sheila. La pobre no me hace mucha compañía. Está muerta. Es el método de *Supersatán.* Hoy recibí tu... llamada. Aprovecho mi escasa irradiación para complacerte. Vas a morir, Ralph.

Forsythe le dirigió una despectiva mirada.

—Si destruyes el... original, también tú dejarás de existir.

—Te equivocas. Eso era antes. Cuando aún quedaba en mí algo de mi anterior existencia. Ahora puedo liquidarte sin ningún temor. Me estorbas. No quiero ser tu duplicado. Dispongo de un fabuloso botín que disfrutaré como cualquier mortal.

—Sí..., no hay duda que eres como uno de nosotros.

—Por supuesto, compañero. Bien..., es el momento del adiós. Lo lamento. Es como matar a un hermano.

Forsythe tragó saliva.

¿Por qué diablos no aparecían el teniente Campbell y sus

hombres? Aunque no hubieran visto llegar a *Supersatán,* debían estar escuchando la conversación merced al transmisor del anillo-control.

Supersatán chasqueó la lengua.

Percatándose de la inquietud de Forsythe y sus motivaciones.

—No les esperes, Ralph. Ya te he dicho que, en este momento, gasté mi último y valioso fluido cósmico. ¿En qué? En la teleportación hasta aquí y en alterar tu transmisor del anillo-control. No reciben nuestras voces. No hay salvación para ti, Ralph.

El rostro de Forsythe adquirió marcada palidez.

El dedo índice de *Supersatán* ya se curvaba sobre el disparador de la«Fireball-X».

—Si ya has perdido tus primitivos poderes..., ¿cómo saldrás de aquí? La teleportación aún no es privilegio de un simple mortal. Si aprietas el gatillo los disparos resonarán en todo el valle.

—Lo tengo planeado a la perfección, Ralph. Te darémuerte, y luego cambiaremos de vestimenta. Ese anillo-control pasará a mi poder. Cuando lleguen los agentes de la BCA creerán que tú, el muerto, es *Supersatán.* Yo ocuparé tu lugar, aunque por poco tiempo. No creo que me guste la vida de astronauta. Me recordaría a mi vagar por el espacio. Prefiero disfrutar del botínen cualquier bella ciudad ajena a Estados Unidos. Ya no...

Ralph Forsythe no quiso escuchar más.

Aquel demoníaco plan le había hecho estremecer. Sólo pensar que podía ser llevado a la práctica, le obligó a actuar.

Instintivamente.

Con valor suicida.

De súbito patadón derribó la ligera multimesa sobre *Supersatán.* Este la esquivó, pero no logró zafarse de Forsythe.

Apretó el gatillo.

En corta ráfaga.

Varios proyectiles silbaron sobre la cabeza de Forsythe, aunque éste ya había conseguido su propósito. Con ambas manos atenazó el

brazo armado de su enemigo.

La «Fireball-X» cayó al suelo.

Los dos hombres, en salvaje pelea, porfiaban por el arma. Intercambiando duros golpes.

Desde el exterior, a unas trescientas yardas de distancia, Gene Campbell y Richard Crawford se miraron perplejos al oír los disparos. Todos los caminos al *bungalow* estaban estrechamente vigilados. Imposible que alguien entrara en la casa sin ser visto.

—¿Cómo diablos...?

—¡Teleportación! —exclamó Crawford—. ¡Pronto, teniente! ¡Nuestro hombre está ya en el *bungalow!*

Campbell procedió a transmitir órdenes a sus hombres para que avanzaran, ya sin ningún disimulo, hacia el *bungalow,*

—¡Ira del Averno!... El anillo-control no ha enviado señal alguna.

El teniente Campbell y Richard Crawford subieron a un camuflado y ligero *jeep* biplaza.

Conducido por el propio Campbell.

De nuevo se escuchó una prolongada ráfaga, procedente del interior de la casa.

Junto con un desgarrador alarido de agonía.

Gene Campbell, con el rostro desencajado, presionó con más fuerza el pedal del acelerador. El vehículo se aproximó a gran velocidad.

Al llegar al porche ya varios agentes de la BCA penetraban en el *bungalow.*

Campbell y Crawford les siguieron.

Pasaron al iluminado salón.

—¡Ralph...!

La exclamación de Crawford fue de un profundo alivio.

Ralph Forsythe estaba de rodillas. Sujetando con temblorosa mano la «Fireball-X». A poca distancia yacía el ensangrentado cuerpo de su doble. Con la cabeza destrozada por los mortíferos proyectiles recibidos.

—¿Se encuentra bien, Forsythe? —se interesó Campbell, ayudándole a incorporarse.

—Sí...

El teniente se apoderó de la «Fireball-X». Aprovechó también para dirigir una mirada al anillo-control.

—¿Por qué no funcionó este maldito transmisor?

Forsythe demoró la respuesta.

Tenía los ojos fijos en el ensangrentado cadáver.

—¡Qué importa eso ahora...! La pesadilla ha terminado.

CAPITULO XII

El teniente de la BCA aceptó el aromático cigarro ofrecido por Richard Crawford. Se inclinó sobre la mesa para alcanzar la llama del encendedor, retornando de nuevo a acomodarse en el sillón.

Succionó el veguero un par de veces.

—¿Y bien, doctor? . Crawford sonrió abiertamente.

—Normalidad total. Acabo de someter a Ralph Forsythe a un concienzudo examen. Se encuentra en perfectas condiciones. Ha superado la pesadilla sufrida. El horror queda atrás. Hay que olvidarlo.

—¿Así de sencillo? —¿Qué quiere decir, teniente?

Gene Campbell quedó con la mirada fija en la nívea ceniza del cigarro. Su voz sonó ronca.

—Oiga, Crawford... Ha definido muy bien los acontecimientos. Una pesadilla. Monstruosa. ¿Eso es todo? ¿No piensan investigar más?

—¿Investigar? El doble de Ralph Forsythe está muerto. Se le ha practicado la autopsia y demás estudios. Era un hombre como los demás.

—¿Y antes? ¿Cuando vagaba por el hiperespacio...? ¿Qué infiernos era? ¿Un perispíritu? ¿Una criatura inmaterial? ¿Una mutación cósmica...?

—No lo sé, teniente. Jamás llegaremos a descubrirlo. Desconocemos aún muchas cosas. Nos consideramos inteligentes, pero nuestra ignorancia es infinita. Acabamos dé sufrir un duro ejemplo.

—Sí...

Crawford se incorporó, rodeando la mesa escritorio para acudir junto al teniente.

—El caso quedó cerrado, teniente. Por consejo de sus superiores se ha catalogado el asunto como de *top secret.* El mundo ignorará que nos ha visitado una criatura extragaláctica...Olvidémoslo.

Campbell asintió.

Con leve sonrisa.

—Puede que tenga razón... Es preferible olvidar estos alucinantes días. Bien. Caso cerrado. Hemos recuperado lo robado. En un apartamento de Raynor Road. Junto con el cuerpo de una muchacha. ¿Sabe cuánto tiempo nos llevó trasladar el botín al Chase California Bank? ¡Cuatro horas, y trabajando en ello una docena de hombres! Y ese... ese...

—*Supersatán.*

—No lo mencione —murmuró el teniente, sacudiendo la cabeza —. Aún sigo sin dar crédito a todo este absurdo.

—Algún día, no muy lejano, también nosotros dominaremos la teleportación. .

—Seguro, doctor. Y continuaremos siendo unos ignorantes. Bueno... Vuelvo a San Francisco. El trabajo me reclama. Hay otros individuos muy parecidos a *Supersatán.* Producto de nuestra placentera y supercivilizada sociedad.

—Suerte, teniente.

Los dos hombres avanzaron hacia la puerta del despacho.

Campbell se detuvo.

Fijó su mirada en el biólogo.

—Oiga, Crawford...

—¿Sí?

—Yo... no..., nada... Era una pregunta que rae atormenta...

—Tal vez pueda tranquilizarle. ¿De qué se trata?

El teniente tragó saliva.

Como si tuviera miedo de hablar.

—Pues... ¿existe alguna posibilidad de que el Ralph Forsythe que acaba de examinar sea el doble. El sosias.

—¿Cómo dice?

—Me ha entendido perfectamente, doctor. En el *bungalow* de Valle del Paraíso estaban ellos dos. Ralph Forsythe y su doble. Uno apareció muerto. ¿Cómo saber cuál es el auténtico?

—No vestían igual y…

—Pudo dejarle sin sentido de un golpe, cambiar de ropa y luego acribillarle a balazos sin temor a mancharse de sangre.

—¿Y el anillo-control? Era seguido por sus expertos. Si hubiera abandonado el dedo índice de Forsythe, aunque sólo fuera durante una fracción de segundo, lo sabrían. ¿No es cierto?

—Sí…; pero el anillo-control sufrió alguna alteración. ¿No entra en lo posible que…?

—¡Por Dios, teniente! —exclamó Crawford—. ¡No piense en más absurdos! Tenemos ante nosotros al verdadero Ralph Forsythe. El valioso técnico-astronauta de la NASA.

—El falso pudo adquirir esos conocimientos. Conocía la mente de Forsythe. Lo demostró en el Banco del Eggar Building y…

—Si fuese el falso .., ¿hubiera permitido arrebatarse el botín del Chase California Bank?

Gene Campbell dudó.

De inmediato encontró respuesta apropiada.

—Así le dejaríamos en paz. Si el botín desaparece, delataría que fue Ralph Forsythe el que murió en el *bungalow*. *Supersatán* sería perseguido y…

—Tiene una calenturienta imaginación —interrumpió Crawford con una sonrisa—. Le aconsejo no piense más en el caso. Terminaría por volverse loco. Incluso yo, intrigado por ese perispíritu o lo que diablos fuera, he decidido dejar de investigar y olvidarlo. Es demasiado profundo para nuestra mente. Todo ha concluido, teniente. ¿Por qué no olvidarlo?

—De acuerdo. Sí…, es lo mejor.

Crawford abrió la puerta.

Al salir los dos hombres al corredor vieron avanzar a Ralph Forsythe. Sonriente.

—¡Hola, teniente...! ¿Ya has terminado conmigo, Richard?

—Sí, muchacho. Ya he dado orden al control de salida.

—¡Magnífico! Lilith me está esperando. Nos vamos aNueva York. Voy a disfrutar largamente de esta semana de permiso concedida. ¡Ah, diablos...! Necesito descanso antes de volver a la *cabaña* espacial.

—¿Se incorpora a los trabajos en el *Hovel-1?* —se interesó el teniente Campbell.

—Sí, teniente. A últimos de mes. Y no quiero desaprovechar un solo segundo. ¡Hasta pronto, amigos!

Ralph Forsythe se introdujo en uno de los tubo-elevadores del edificio.

Poco más tarde, pasados ya los rigurosos controles ' de salida, abandonaba el Lynley Center.

En el *parking* le esperaba Lilith.

En el asiento delantero del *Janus-80.*

Ralph Forsythe se acomodó al volante.

—Gracias por traer mi auto, Lilith... y por venir a buscarme.

La muchacha hizo un gracioso mohín de disgusto.

—¿Sólo gracias?

Forsythe la devoró con la mirada.

Sus manos atenazaron los hombros femeninos atrayéndola contra sí, besándola.

Un largo y apasionado beso.

Ralph Forsythe puso en marcha el auto.

El vehículo dejó atrás el amurallado Lynley Center.

—¿Has conseguido los boletos, Lilith? ¿Cuándo nos vamos a Nueva York?

Forsythe, al no recibir respuesta de la joven, ladeó la cabeza.

Lilith acariciaba sus labios con la yema de los dedos. Con leve palidez en su rostro. —¿Te ocurre algo, Lilith?

—No… Es… es tu beso, Ralph. No sé cómo explicarlo. Me pareció diferente… Forsythe rió divertido. —Suposiciones tuyas, Lilith. La muchacha forzó una sonrisa. —Sí…, eso debe ser.

F I N